

# Ahmel Echevarría

La Habana, 1974. Narrador, Ingeniero Mecánico. Miembro de la UNEAC. Entre otros premios obtuvo el Premio David 2004 en el género cuento con el libro *Inventario* (Editorial UNION, 2007), el Premio Pinos Nuevos 2005 con la noveleta *Esquirlas* (Editorial Letras Cubanas, 2006), Beca Fronesis de creación novelística 2007 y mención en el Premio UNEAC Cirilo Villaverde de novela 2008 ambos por la obra *Días de entrenamiento*, Beca de creación Razón de ser 2008 por el libro de cuentos *Las espirales del tiempo* y mención en el Premio UNEAC Luis Felipe Rodríguez de cuento 2009 por la obra *Pastel para pit bulls*. En el 2010 obtuvo el accésit en el Premio de Cuento *La Gaceta de Cuba*. Sus cuentos aparecen publicados también en las antologías *Historia soñadas y otros minicuentos* (Ediciones Luminaria, Sancti Spíritus, 2003), *Los que cuentan —Una antología—* (Editorial Cajachina, 2007), *La ínsula fabulante —El cuento cubano en la Revolución— (1959-2008)* (Editorial Letras Cubanas, 2008) y *La fiamma in bocca —Giovanni narratori cubani—* (Editorial Voland, 2009). Miembro del staff del e-zine de escritura irregular *The Revolution Evening Post* y del proyecto *Rizoma(s)*. Trabaja como editor del sitio web Centro Onelio.

Su último libro publicado es *Días de Entrenamiento*. Premio de novela Franz Kafka, Fra, Praga, 2012



**Ediciones Incubadora s.a.**

No vestía el mono deportivo, pero era él. Lo reconocí tan pronto estuvo frente a mí. Cómo olvidar su nariz aguileña, la barba no muy tupida y cana, o aquel índice largo, huesudo, afilado. Era él y estaba en su silla de ruedas. Todo de oliva —charreteras de ribetes dorados, gorra de plato, medallas y botones pulidísimos, botines de piel. Sonriendo.

Me había visto en el tumulto de personas que buscaba un lugar a lo largo de la acera de la avenida Paseo, la antigua Plaza Cívica sería el escenario de una revista militar. Y el anciano salió a mi encuentro. Sin embargo no advertí que las palabrotas, quejidos o los duros comentarios que escuché cerca de mí estallaron a su paso entre el tumulto —al parecer no deseaba perderme de vista y como si lo llevara el diablo decidió darme alcance—. El viejo era muy hábil conduciendo el sillón de ruedas, pero había demasiadas personas entre él y yo.

Y sentí un fuerte golpe.

En mi pierna izquierda.

Luego escuché el saludo:

—¡Buenos días, chiquito! Te vi de lejos. No sabes cuánto me alegra verte.

Estaba junto a mí, sonreía mientras me veía agacharme y levantar la pata de mi pantalón. Sonreía y con la cabeza hacía un leve gesto de negación.

—Chiquito, hoy es nuestro día. ¿No crees que sea una gran dicha? Hace poco más de tres meses y medio cumplí ochenta primaveras. Me gustaría compartirlo contigo. Pero te aclaro que compartiré nada más que la dicha, los años me los quedo. Quitá esa cara, no tienes nada en el pie, si alguien sabe de problemas en la pierna izquierda ése soy yo.

---

<sup>1</sup> Capítulo 16 de la novela *Días de Entrenamiento*. Premio Franz Kafka de Novela. Fra, Praga, 2012.

Luego de darme unas suaves palmadas en la espalda me hincó con el índice: «Quiero llevarte a la tribuna, vamos.»

No sólo parecía emocionado, el anciano realmente lo estaba. Si algún detalle lo delataba era el brillo de sus ojos —casi siempre cansados—, o la sonrisa que dejaba al descubierto la perfecta dentadura postiza, o el continuo mirar a los alrededores, o sus comentarios en voz alta para que yo lo escuchara: «Ha sido una dicha volverte a ver. ¿No es una verdadera dicha cumplir ochenta primaveras? Toda una vida.»

Y sentí un fuerte dolor en las costillas. Me volví hacia el anciano, me había golpeado con el codo para avisarme que comenzaría la parada militar.

Nos miramos.

Sonrió.

Con su índice largo y afilado señaló a la avenida.

En aquella mañana de diciembre —además de los mambises a caballo, el millar de pioneros, los militares que marchaban formados en pelotones o los que desfilaban en jeeps o tripulando los blindados de la artillería terrestre y la defensa antiaérea—, en la antigua Plaza Cívica se reunieron políticos, artistas, ministros, una enorme delegación de invitados extranjeros y el Presidente Provisional. En la acera opuesta a la tribuna la banda de música del ejército ejecutaría el Himno Nacional y las marchas que acompañarían el paso marcial del desfile. A lo largo de la avenida el público estaría de cara a la revista militar.

Desde mediados de años, justo cuando supe que las Fuerzas Armadas organizarían una parada militar, decidí ir a la Plaza. No quería perderme el desfile. Salvo en la TV o la prensa en mi vida nunca vi alguna, tampoco mi kodama, Orlando L. y las dos Raizas. Y acordamos vernos a las 8:30 a.m. frente a la Biblioteca Nacional. La parada militar comenzaría a las 10:00 a.m., pero fue al anciano del sillón de ruedas a quien primero vi.

—Quiero llevarte a la tribuna —dijo después de hincarme con el índice—. Por cierto, tengo algo para ti.

El anciano tomó el bolso que colgaba del manubrio de la silla. Apenas demoró en encontrar lo que buscaba.

—Toma —no era simplemente un hermoso bolígrafo. Era una Parker.

—No, quédatelo.

Frunció el ceño y con el bolígrafo me apuntó a la cabeza. Sin bajar el brazo, con la mano libre impulsó la silla de ruedas y volvió a golpearme.

—¿Quieres hacerme el favor de tomarlo, por favor?

El anciano recordaba el encuentro que tuvimos en una calle de El Vedado. Nos vimos sólo una vez, un domingo, en el verano. A las siete de la noche de aquel 13 de agosto iba de regreso a mi casa cuando se atravesó en mi camino para pedirme un bolígrafo. Contrario a mi deseo le di mi Parker. Sin estrenar. Cuatro meses después quería hacerme un regalo.

—No estás en deuda conmigo, era tu cumpleaños.

Di un paso atrás. Estaba convencido de que me embestiría con el sillón. Y lo hizo. Pero logré esquivarlo.

—Tómalo, chiquito. Te servirá de mucho. Todo el mundo tiene un plan y no he olvidado el tuyo. ¿Trabajaste en él? Tenía lagunas.

El anciano me apuntaba a la sien con el bolígrafo y decidí aceptarlo. Una Parker nueva. Tuvo el cuidado de buscar el mismo modelo que le regalé —ya no tendría que justificar la pérdida a mi kodama si algún día me preguntaba—. Y lo probé en el ticket que me dieron tras pagar el ómnibus. Tinta negra. Buen punto. Justo en el momento en que iba a agradecerle dijo: «Vamos, no te quedes atrás.»

El anciano impulsaba el sillón y quienes se cruzaban en su camino debían detenerse o apurar el paso para evitar la embestida. Mientras avanzábamos sentía sobre mí las duras miradas. Escuchaba los comentarios, maldiciones, quejidos, pero el anciano nunca miró atrás para saber a quién atropelló y

disculparse. Sólo se volvió cuando faltaban unos pocos metros para ganar la rampa de asfalto que conducía a la tribuna:

—Tendrás que subirme.

—¿Nos dejarán?

—Me decepcionas.

Tomé el manubrio.

Miré a los lados y hacia la pendiente. Al final de la rampa se alzaba la gran estatua del Apóstol. Debía subir la pendiente para luego ganar los escalones que conducían hacia el punto más alto de la colina, porque allí estaba la entrada a la tribuna, disponible sólo para el presidente provisional, ministros, artistas, políticos, militares y los invitados extranjeros. El cuerpo de seguridad estaría cuidando los alrededores de la colina.

—¿Qué esperas? —dijo.

El militar apostado justo al inicio de la rampa hizo un saludo. Y el saludo me tomó por sorpresa. Se veía tenso, sudaba, tenía las mandíbulas contraídas, apenas pestañaba —estuve un año sirviendo en el ejército y sabía que aquella rígida pose no sólo respondía a la cortesía militar—. ¿Al igual que yo se había confundido? ¿Aquel militar creía que el anciano de la silla de ruedas era el viejo Jefe de Estado y Gobierno? Lo miré. Me miró. Seguía rígido, con la mano derecha junto a la visera de su gorra en la posición de saludo.

Miré al anciano. Supuse que, ante la indecisión del militar de impedirnos el acceso, una parte del cuerpo de seguridad vendría hasta nosotros para obligarnos a abandonar los alrededores de la tribuna. Sin embargo la rampa continuó despejada.

—¿Qué esperas, chiquito? —golpeó en las barandas del sillón.

El militar, todavía saludando, nos miraba.

Quise alertarlo de su error, pero el anciano volvió a golpear en las barandas de la silla de ruedas:

—Decídete de una vez... Si lo olvidaste, hoy es el desfile. Debo estar allá arriba. Pero en tus ojitos veo que no te sentirás cómodo en la tribuna. Es una pena. No te preocupes, respetaré tu decisión. ¿Te parece bien irnos a la avenida?

Regresaríamos a la intersección de Paseo y la avenida Independencia.

Me volví mientras nos alejábamos. El militar de la posta usaba su *walkie-talkie*. Supuse que quizá la policía o los agentes de seguridad vestidos de civil nos saldrían al paso. Tomé el manubrio. Debíamos apurarnos. Aunque era en verdad difícil que un anciano vestido con un traje de gala color oliva y en una silla de ruedas pasara inadvertido. Lo convidé a no perder tiempo y ganar un puesto en la avenida antes de que comenzara el desfile. Miré a los alrededores, nadie parecía estar pendiente a nosotros.

Justo en la intersección encontramos un sitio.

—¡Salto, dicha eterna! —dijo al levantarse.

Se alisó los pliegues de su traje. A la par que se acomodaba la gorra se volvió hacia a la estatua del Apóstol y sonrió. Miré la hora. Eran las 9:00 a.m. y les había prometido a mis amigos encontrarnos a las 8:00 a.m. frente a la Biblioteca Nacional. Aunque la biblioteca estaba en la acera opuesta casi frente a nosotros llegar allí suponía un largo rodeo. No dejaban cruzar la avenida. Tenía que despedirme y salir al encuentro con mi kodama, Orlando L. y las dos Raizas.

Decidí hacerlo.

—¿Qué pasa? ¿Estás cansado?

Me tomó por la muñeca.

Suavemente, pero sintiendo en mi brazo la fuerza del suyo, me convidó a sentarme en su sillón de ruedas. Quise explicarle y con un gesto me brindó nuevamente el sillón.

—Te enseñaré algo, si pude hacerlo fue gracias a ti —se alisó la barba.

Hizo una muequita con los labios.

Carraspeó.

Con su índice afilado apuntó al sillón.

No tenía sentido cambiar de planes, era demasiado tarde y había demasiadas personas. No encontraría a mis amigos. Acepté sentarme en su silla de ruedas.

Quedamos mirándonos.

Yo intentaba sostener la mirada, pero sus ojitos cansados todavía eran penetrantes. Muy penetrantes. Todavía.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Qué miras?

—Usted quería enseñarme algo. ¿Lo olvidó?

Sus ojitos se volvieron más agudos. Dos barrenas de duro tungsteno. Con su índice afilado quitó de su traje una pelusilla y la sopló.

—Supuse que sabías de qué te hablaba.

Con la uña me hincó un par de veces en el pecho, luego apuntó su índice hacia el sillón. Del espaldar colgaba el bolso.

—Alcánzame —dijo—. Apúrate, chiquito, el desfile está por comenzar.

Mientras me inclinaba para tomar el bolso miré al anciano. Me observaba cruzado de brazos. Tan pronto tuve el bolso en mis manos se llevó el índice al rostro y se dio un par de golpecitos bajo el ojo, entonces me apuntó con su dedo afilado y movió los labios.

Estaba convencido de que aquel movimiento de labios no era uno de los tantos gestos que inconscientemente hacía sino una llamada de alerta. Supuse que debía tener cuidado con lo que el anciano guardaba en el bolso, aunque no alcanzaba a escuchar lo que decía, al parecer sus labios me advertían que no debía registrar en sus pertenencias. Tenía el brazo extendido, la mano abierta. Y le di el bolso.

—Puro recelo. ¿Existe acaso un patrimonio mayor que las ideas? Préstame un bolígrafo.

Del bolso sacó un cuaderno de notas.

Le di la Parker y comenzó a escribir.

Anotaba, luego se detenía y me observaba. Lo hizo varias veces. Sus ojitos cansados, duros y celosos no dejaban de escrutarme el rostro cada vez que llegaba al final de una página.

El anciano contrajo el rostro y dejó de escribir. Al parecer no se había recuperado de la intervención quirúrgica. Se palpó el vientre —tuvo el cuidado de ponerse de espaldas a mí—. Debía dolerle. Y me levanté. Por unos segundos dudé si debía preguntarle, pero lo cierto era que si estábamos los dos en la antigua Plaza Cívica a la espera del inicio de la revista militar algún detalle nos debió acercar. Recordé entonces aquel domingo de agosto que pasamos juntos: era el día de su cumpleaños, el anciano necesitaba un bolígrafo y terminé regalándole una Parker sin estrenar. Pasado poco más de tres meses y medio nos volvíamos a ver, su saludo fue efusivo y quería que yo aceptara un bolígrafo del mismo modelo, nuevo —de tinta negra al igual que el otro—. Tal vez el sencillo intercambio bastaba para preguntarle. Y le puse una mano en el brazo. Se volvió. Antes de que pudiera preguntarle sonrió.

El viejo se sentó en el sillón de ruedas.

—Sabes que tengo en planes reencarnar en un escritor. He adelantado bastante. Algo hice y todo ha sido gracias a ti.

Abrió su cuaderno de notas. Su índice señalaba un largo párrafo.

—Puedes leerlo. Hazlo... si lo deseas, por supuesto.

Me acercó su bloc:

*Vivió, en el espacio de un palpito, los momentos capitales de su vida; volvió a ver a los héroes que le habían revelado la fuerza y la abundancia de sus lejanos antepasados de África, haciéndole creer en las posibles germinaciones del porvenir. Se sintió viejo de siglos incontables. Un cansancio cósmico, de planeta cargado de piedras, caía sobre sus hombros descarnados por tantos golpes, sudores y rebeldías. Ti Noel había gastado su herencia y, a pesar de haber llegado a la última miseria, dejaba la misma herencia recibida. Era un cuerpo de carne transcurrida. Y*



—Sigue leyendo... si lo deseas, por supuesto. ¿Ves por qué debo ser receloso con mi patrimonio? —se levantó, del bolso sacó unos prismáticos, miraba a los alrededores—. La literatura es tremendamente bella.

Se volvió hacia mí, usaba los prismáticos y trataba de enfocarme. Pero desistió.

Con la uña del índice dio unos golpecitos sobre las páginas del bloc. Entonces seguí la lectura:

*comprendía, ahora, que el hombre nunca sabe para quién padece y espera. Padece y espera y trabaja para gentes que nunca conocerá, y que a su vez padecerán y esperarán y trabajarán para otros que tampoco serán felices, pues el hombre ansía siempre una felicidad situada más allá de la porción que le está otorgada. Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. Es imponerse tareas. En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allá todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sa-*

Lo miré al terminar la página. Con un gesto indicó que podía pasar a la siguiente.

—Crear es pelear. ¿No te parece, chiquito?

El anciano se llevó las manos a la cintura. Estaba erguido, la barbilla levantada. Miraba la gran estatua del Apóstol.

—¿Qué piensas de la literatura? —dijo mientras miraba a la estatua—. Podríamos estar creando algo mucho más grande que nosotros mismos. ¿No crees que crear es vencer? Anda, sigue... sólo si lo deseas.

*crificio, reposo y deleite. Por ello, agobiado de penas y de Tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este Mundo.*

—¿Qué opinas? —dijo.

Me miraba a los ojos.

Dos barrenas de duro tungsteno.

Yo no podía sostener aquella embestida.

—Las influencias pesan demasiado —dije—, o tal vez sólo un poco. Sé que al principio es muy difícil encontrar un estilo. ¿Pensaste en un título? ¿Qué te parece *El reino de este mundo*?

Frunció el ceño y extendió el brazo.

Le devolví el cuaderno.

—Creí que eras un tipo más listo —me dio la espalda.

—Para qué negar las influencias... Deberíamos preocuparnos más por el proceso de creación y no por el resultado, lo demás queda en manos del tiempo.

—Qué bueno saber que lo sabes. Al parecer has pensado en hacerte de un gran plan. ¿Acaso lo tienes?

—No lo llamaría un gran plan pero le he dado vueltas a un par de ideas.

Como no deseaba incomodarlo, y al parecer al anciano le gustaba las frases que tuvieran cierto tufillo literario, a boca de jarro le dije: Pensar es crear y crear es resistir.

Pero el anciano frunció el ceño.

Y sentí un fuerte dolor en las costillas.

Me había golpeado con el codo para avisarme que comenzaría la parada militar.

Nos miramos. Sonrió. Con su índice largo y afilado señaló la avenida. Y se escucharon los primeros acordes del Himno Nacional.

Después de que una estudiante y el Presidente Provisional leyeran dos breves discursos se inició el desfile; el conductor de la gala tomó el micrófono para describir lo que acontecería frente a la tribuna. Al compás de la banda de música del ejército, en la avenida y en dirección al mar se fueron sucediendo la caballería de mambises; el yate con el que un grupo armado viajó desde el puerto mexicano

de Tuxpan a Cuba bajo el mando del viejo Presidente, y que desembarcó en 1956 frente a una tupida cenefa de mangles en Las Coloradas —a la embarcación la rodeaban tres mil pioneros—; tras el yate y los pioneros desfilaron, marchando, varios pelotones de las academias militares.

El anciano me tomó por la muñeca: «¿No es bello? Toma los prismáticos y observa. ¿Acaso no es algo tremendamente grande?»

Con los prismáticos escudriñé en los rostros de los mambises, busqué en la cubierta del yate al timonel que trajo al grupo armado desde México, a las muchachas uniformadas —¿las habrían escogido?, se veían muy bellas dentro de sus ajustados uniformes.

—¿Has pensado qué es la literatura? —dijo.

—Soy demasiado tonto para definir.

Se levantó y me arrebató los prismáticos.

—Ya te dije que la literatura podía convertirse en algo mucho más grande que nosotros mismos.

Mientras se alisaba la barba me miró con sus ojos de duro tungsteno.

—¿No te parece que podría llegar a serlo? —se volvió hacia el desfile.

Varios pelotones de las diferentes tropas del ejército marchaban armados y portando sus estandartes.

—La literatura es muy bella también, recuérdalo. Es mi gran plan... ¿Ya te dije que quiero reencarnar en un escritor? Hay que emplearse a fondo, lo sé y lo sabes, debes tomar en cuenta las escaramuzas, hacerte de un patrimonio.

El anciano me enfocó con los prismáticos pero no alcanzaba a verme, y dejó de usarlos: «Hay que pelear duro y vencer, porque también importa el resultado. Crear es pelear, crear es vencer.»

El anciano apuntó a la avenida con su índice afilado. Los carros de combate habían iniciado la marcha y pronto cruzarían frente a nosotros.

—Escaramuzas, chiquito, escaramuzas nada más —con los prismáticos miraba la caravana—. La elipsis, encontrar las palabras justas, un lenguaje correcto. La

poética tiene que estar anclada en la realidad. También hay que ser constante... y verosímil. ¿No es algo grande y bello? Eso quiero —dejó de observar la caravana de jeeps y blindados—. La literatura, como una viuda, pasa... La deseo, chiquito —y me dio un codazo.

La avenida vibraba bajo el peso de los blindados. Tanques, obuses, carros anfibios y grandes lanzacohetes. Era una enorme y ruidosa fila de máquinas de guerra. La tripulación de cada vehículo saludaba a los que estaban reunidos en la tribuna. Tras el armamento terrestre de las tropas de la Marina una cuadrilla de aviones de combate sobrevoló la antigua Plaza Cívica. Pasaron. Y detrás, el estruendo de las turbinas surcó la Plaza. Y detrás, quedaron unas finas estelas blancas: la interminable huella de su vuelo.

Tras diluirse el estruendo de la cuadrilla de aviones el locutor tomó los micrófonos y la banda de música ejecutó una nueva marcha. La revista militar estaba por concluir. Cuando el locutor se disponía a introducir la parte final del acto, el público reunido a un costado de los jardines de la Biblioteca Nacional comenzó a moverse. Los policías que mantenían el orden en aquel tramo de la avenida trataron de impedir que las personas bajaran al pavimento. El anciano escrutaba con los prismáticos el tumulto que empezaba a dividirse. Algo emergía del interior de la biblioteca. Desde nuestro sitio era imposible saber qué ocurría, pero por la reacción de los policías, el cuerpo de seguridad y el locutor, lo que estaba sucediendo en la Biblioteca Nacional no formaba parte del libreto de la ceremonia.

El tumulto continuó dividiéndose y un estrecho canal se abrió desde la entrada de la biblioteca hasta la avenida Paseo. Los policías y el cuerpo de seguridad desenfundaron sus armas. Todas las pistolas apuntaban a la boca del canal en espera de aquello que avanzaba hacia la avenida. Sólo supimos de qué se trataba cuando del interior del canal emergió aquello que nos mantenía en ascuas.

—¿Qué carajo es eso? —dijo el anciano.

Un ataúd abandonaba la Biblioteca Nacional.

La madera no brillaba a pesar de los intensos rayos del sol del mediodía y supuse que era un viejo ataúd. Los policías y agentes de seguridad le apuntaban y a la vez se miraban. Atónitos. Acompañado del ruido sordo del roce de las tablas contra el asfalto, el ataúd siguió deslizándose hacia las carrileras interiores de la avenida Paseo como si hubiera perdido el rumbo. Avanzaba despacio y chocaría contra la garita del policía de tráfico. Sólo lo separaba un par de metros para que quedara varado en mitad de la avenida cuando corrigió el rumbo. Torció a la derecha. En aquel mediodía de diciembre, por la senda interior y dejando un fino rastro, el ataúd pasaría frente a la antigua Plaza Cívica.

El ataúd seguía el mismo recorrido que habían hecho los mambises, el yate rodeado de pioneros, los pelotones de cadetes y soldados, los tanques, obuses, carros anfibios y grandes lanzacohetes. Si no cambiaba de rumbo el viejo ataúd terminaría frente al litoral.

Me volví hacia el anciano. Con los prismáticos miraba a la avenida.

Se palpó el vientre.

Contraía el rostro y sudaba.

Respiraba con dificultad.

El ataúd dejó atrás la garita del policía de tráfico. Tan pronto comenzó a cruzar la intersección de la avenida Independencia y Paseo se escuchó un chirrido. Una de las tablas se desprendió y el rastro que dejaba el ataúd se hizo mayor.

—¿Has visto lo mismo que yo? —se sentó en su sillón de ruedas—. ¿Acaso crees que esto también sea un hallazgo literario?

—Creo que es el mismo ataúd de la vez anterior. ¿No lo recuerda?

—Eres un muchacho muy listo. Podría serlo. Un ataúd, como un fantasma, recorre la isla... ¿Tú crees que ese ataúd también sea literatura? Si en verdad lo es, por favor, dime ¿por qué a la literatura la rondan los muertos.

Me preocupaba lo que pudiera sucederle al anciano. Podía subirle la tensión o sufrir un descenso. Y me volví hacia él cuando en voz alta dijo: «Se le zafó otra tabla a la caja.»

El anciano tenía el rostro lívido. Sudaba. Vi un ligero temblor en sus labios. Por un momento su voz se escuchó débil. Apenas audible. Pero yo estaba a su lado. Pude escucharlo, incluso leí sus labios. Se palpaba el vientre. Contraía el rostro y a la vez decía: «Tengo miedo, mucho miedo.»

A pesar del lento avance del ataúd las tablas cedían y terminaban esparcidas sobre el asfalto. La tapa se fue rodando y también cayó. Y pudo saberse qué había en el ataúd.

Fueron las piernas las primeras partes del cuerpo en quedar a la vista. Eran largas, flacas. El pellejo era muy blanco.

Le pedí los prismáticos al anciano.

Cuando logré enfocar el ataúd ya pasaba frente a nosotros. Las pocas tablas que mantenían el cadáver a medio cubrir se desprendieron. Era un hombre delgado al que habían sepultado sin ropas. Sin embargo, los que prepararon el cadáver no olvidaron taparle el sexo, al que cubrieron con una hoja. Era de parra y estaba marchita. Una ráfaga la arrastró y el cuerpo amortajado, con sus bracitos en cruz sobre el pecho, la piel blanquísima y los espejuelos, quedó completamente al desnudo. El muerto se deslizaba sonriente.

Tan pronto el cuerpo quedó a la intemperie toda la piel comenzó a oscurecerse. El cadáver avanzaba lentamente pero se oscurecía a un ritmo mayor que su deriva. Sus piernas se tornaron rígidas —y no con la rigidez de la muerte, porque el muerto, más que un cadáver, parecía tomar el sol—. Desde la planta del pie a la cabeza a la piel la fue ganando una rugosidad carmelita. Pétreo. Vi entonces emerger un hilo de agua entre las piernas, también alrededor del cuerpo. Una vez el agua terminó de cercarlo batió en un furioso oleaje contra el muerto. De la hendidura del pecho brotó un nuevo hilo de agua que encontró cauce sobre el vientre, en su curso se arremolinó entre los vellos del sexo, en una

cascada se iría mezclando con las olas que rompían en los límites del cuerpo. Con la humedad del manantial nacieron los árboles y la hierba a lo largo de los brazos. Fue entonces cuando sentí un suspiro. Había sido el anciano.

—Después de los árboles y la hierba vendrán las flores —dijo—. Si en ese muerto aparece una flor puedes estar convencido de que con esa imagen sólo se puede hacer una literatura de baja estofa.

Me volví a la avenida. Con los prismáticos busqué lo que había sido simplemente un cadáver. Y de los ojos, rajando los cristales de los espejuelos, reventaron los bulbos de unas flores silvestres.

Desde la avenida llegaba a nosotros el rugido del pequeño mar que batía contra el arrecife formado alrededor del cuerpo, también el sonido de las ráfagas enredadas en el follaje de los árboles que crecieron sobre los brazos, el vientre y las piernas. El cadáver estaba tendido bajo el cielo como suelen estar tendidas, al sol, las islas.

El anciano carraspeó.

Lo vi levantarse.

Con un rápido movimiento me arrebató los prismáticos:

—¿Crees que en mi próxima reencarnación podría ser un continente?

Miraba a través de los prismáticos la *isla* que se deslizaba sobre el asfalto. El anciano se mesaba las pelusas grises de la barba, ponía una mano en la cintura y luego volvía a alborotarse y rascar la barba.

—¿Crees que lo seré?

—¿Ya olvidaste tu gran plan? ¿O tenía lagunas?

Dejó de mirar a la avenida y me enfocó con los prismáticos. Como no alcanzaba a verme los cambió de posición, pegó entonces los grandes lentes del objetivo a sus ojos y con los pequeños comenzó a rastrear para tenerme, ante sí, de cuerpo entero. Extendió su mano. Tras los prismáticos yo debería ser no más que un homúnculo aparentemente a varios metros de distancia, pero me vería de

pies a cabeza y justo eso era cuanto él necesitaba. Tenía el entrecejo fruncido. Sonrió cuando logró ubicarme dentro de los lentecillos del ocular.

—Este aparato es una maravilla —con su brazo extendido comenzó a tantear, una vez que tocó mi cuerpo me hincó con su índice afilado—. Primero reencarnaré en un escritor, luego en un continente. ¿No te parece un gran plan?

La *isla* continuaba con su aparente deriva bajo la mirada y las armas de los policías y el cuerpo de seguridad. Seguiría su rumbo y pasaría frente a la tribuna, en la que permanecía el Presidente Provisional, los políticos, militares, ministros, artistas y la enorme delegación de invitados extranjeros. Luego de un aviso la banda de música del ejército improvisó una marcha y al parecer, a través de la radio, le ordenaron a quienes custodiaban la *isla* que guardaran las armas y caminaran junto a ella.

—¿Escritor o continente? —decía el anciano para sí—. ¿Escritor? ¿Continente? ¿Escritor o continente? ¿Continente?...

El anciano hablaba y mesaba su barba. Mientras, con sus prismáticos seguía a la *isla*.

La marcha que ejecutaba la banda de música a manera de acompañamiento llegó a su final y a la señal del director volvieron a escucharse los primeros acordes. Pero la *isla* avanzaba lentamente; la marcha sería ejecutada de principio a fin durante el tiempo que le tomara el recorrido frente a la tribuna.

Los músicos se miraban, estaban convencidos de que la *isla* demoraría en abandonar la antigua Plaza Cívica.

Apesadumbrado, el anciano me dio los prismáticos.

—Sostén esta maravilla, tengo mucho trabajo por hacer.

Abrió su bloc.

Comenzó a escribir.

Las personas reunidas a lo largo de la avenida Paseo se fueron marchando. La tribuna quedó vacía dos horas después, el tiempo que demoró la *isla* en cruzar los límites de la Plaza.



Me incliné y con los prismáticos vi parte de la página del bloc. El anciano escribía una lista. Al parecer tenía muchos detalles que incluir en su listado, porque una vez completada una página cambiaba a otra. Enfoqué. Era una serie que se iba repitiendo cada dos renglones: *escritor, continente, escritor, continente, escritor, continente, escritor...* Llenaba una hoja. Y seguía: *escritor, continente, escritor, continente, escritor, continente, escritor...* A ratos la letra se hacía ilegible, pero estaba convencido de que las páginas contenían la misma serie repetida, porque cuando la caligrafía se tornaba clara alcanzaba a leer las mismas palabras.

Supuse que el anciano se sentía agotado, somnoliento, pero a pesar del cansancio seguía escribiendo la serie de dos palabras. Escribía incluso en el momento en que se abandonaba al sueño. Decidí medir el tiempo que tardaba en despertarse: *un mississippi, dos mississippis, tres mississippis*. Dormía poco más de tres segundos y despertaba. *Un mississippi, dos mississippis, tres mississippis, cuatro mississippis*. Y nuevamente se volvía legible la lista. A la altura del décimo ciclo los *mississippis* aumentaron de cinco en cinco. Páginas y páginas llenas de una rara grafía.

Le di unas palmaditas al anciano.

No se volvió hacia mí.

Siguió anotando.

Me paré frente a él. Lo llamé y no respondió. Cambió la página y continuó escribiendo. Y miré a sus ojos. Los tenía vidriosos, me pareció que no pestañaba. Puse entonces mis dedos cerca de su nariz. No sentía su respiración y no quería que sufriera una recaída estando a solas conmigo.

¿Qué podía hacer si al anciano le daba un descenso? Aquel viejo estuvo en un quirófano, lo operaron en el vientre y no estaba del todo bien. Lo había visto quejarse a pesar de que lo disimulaba. Y le abrí la chaqueta de su traje de gala oliva para tocarle el pecho y sentir los latidos del corazón, pero debajo tenía un uniforme de campaña. Traté abrir esta otra prenda y así comprobar que su

corazón latía, sin embargo encontré que también llevaba un mono deportivo. Abrí el zipper. Luego de levantarlo un pulóver pude palparle el pecho.

Su corazón no latía, pero el anciano seguía escribiendo. Entonces tomé el manubrio del sillón. En aquella fresca tarde del 2 de diciembre el anciano y yo fuimos Paseo abajo.

A lo largo de la avenida se veían los rastros de la *isla*. Decidí seguirlos. Sobre el asfalto había plumas —eran largas, rosadas, supuse que eran plumas de flamencos—, espinas de pescados, ramas de albahaca y semillas de aguacate.

La pendiente de la avenida se volvió pronunciada y tomé el manubrio firmemente para contener el impulso. Sentí ruidos —ruidos de animales que intenté reconocer—. Creí escuchar los graznidos de una bandada de cotorras, el canto de un gallo, el grito de una puerca. Y aromas: el suave olor de la lluvia, frutas podridas, la tierra húmeda, una leve traza de salitre y mariscos, el nauseabundo vaho de los excrementos. Y sentí el perfume de la piña. La *isla* debía estar cerca, porque vi volar una bandada de pájaros. No sabía si el perfume de la piña podía detener el vuelo de un pájaro, pero la bandada de aves comenzó a volar en círculos tan pronto estuvo sobre la *isla*.

Era poco más de las 6:30 p.m. cuando llegamos al malecón. Íbamos tras el rastro de la *isla*, las señales sobre el asfalto nos llevaron justo a un tramo del muro del litoral que estaba roto. La huella de su paso indicaba que debíamos caminar por sobre los escombros y el arrecife. Bajé dos veces a la costa —primero llevé el sillón de ruedas y luego bajé con el anciano en mis brazos—. En el arrecife nos acomodamos. Tomé los prismáticos: el cadáver era verdaderamente una isla. Si algún detalle obligaba a recordar que aquello que flotaba frente al malecón había sido un cuerpo que estuvo amortajado dentro de un ataúd, era la forma de la cabeza. El muerto era ya un pedazo de tierra, vegetación y mucha agua, agua por todas partes, tal como suelen estar rodeadas las islas. Flotaba en

una aparente deriva y una cenefa de mangles comenzaba a crecer a su alrededor. Con un poco de paciencia vería la caída del sol en ambas islas.

Me volví hacia el anciano. Había muerto, pero escribía. Seguiría haciéndolo hasta llegado el amanecer. Cuando consiguió llenar el último renglón de su bloc inclinó su cabeza. La barbilla quedó apoyada sobre el pecho.

Parecía tranquilo, como si durmiera.

Entonces tomé mi Parker. Debo confesar que me ruboricé, pero a fin de cuentas me la había regalado.





## Esquirlas<sup>2</sup>

—Puedo sola —dijo.

Miré su rostro y preferí no llevarle la contraria. Entonces salté al muelle.

Ya estábamos en Casablanca. Había llovido. La brisa arrastraba tierra adentro el olor del carburante derramado en la bahía, volvía insoportable aquella tarde de agosto de 1994.

—¡El mar no te sienta! —grité.

Ella seguía parada bajo el umbral de entrada y salida de la embarcación. Una arcada metálica sin puertas. La de babor. Volví a gritarle que el mar no le sentaba. Fue como hablarle a nadie. Parecía rezar para que terminara el ataque. Los neumáticos clavados en los pilotes se aplastaron con la embestida del casco.

El motor rugió.

La lancha dio el último bandazo.

Algunos pasajeros tenían prisa por salir y ella, que permanecía en el lado derecho de la arcada metálica —única vía de salida, porque la de estribor daba al mar—, entorpecía el paso. Volvió a su puesto junto a la ventanilla al sentir las protestas de quienes llevaban prisa. Cuando en el interior de la lancha solo quedó ella, volvió a pararse bajo el umbral.

Bastaba dar un paso, pero apenas se movió.

—Vamos, te ayudo. El piso está mojado —dije—. Tal parece que no te sienta navegar.

Asintió.

Y decidió saltar.

---

<sup>2</sup> Fragmento de la novela breve *Esquirlas*, Premio Pinos Nuevos 2005, Letras Cubanas, La Habana, 2006.

Ya estaba sobre el muelle, sin embargo su cuerpo parecía estar a la deriva.

La conocí en la lancha. Viajaba cerca de mí, recostada al cristal de la ventanilla. Cantaba en voz baja mientras miraba la bahía.

Decidí acercarme. Le pregunté la hora, también le hablé del tiempo, incluso le dije si quería alejar los nubarrones y la lluvia cantando o rezando en voz baja. Nada más que tonterías para desencadenar la conversación y hacer menos tedioso el cruce desde el embarcadero de La Habana hasta Casablanca.

—Estoy mareada —dijo—. A veces canto para olvidarme del vaivén.

En la lancha, a dos ventanillas de mí, más que rezar o cantar parecía que rogaba.

Ver a La Habana desde el agua, bajo la luz del atardecer, le hacía confundir lo que veía. Lo supe luego de caminar entre el amasijo de pasajeros entre ella y yo.

—Tienes el mar dentro de ti —dije; ella seguía mirando la ciudad—. Seguro es el mar —dije entonces más alto—, está dentro de ti... Por eso te mareas.

Apenas se movía. En la lancha era un cuerpo a la deriva. ¿Sus ojos?: dos cuentas varadas en el falso tinte de La Habana. ¿Ella?: carne y hueso dentro de un pellejo frío y húmedo por la lluvia. Al tocar su cuerpo, en mis dedos quedó la sensación de arenilla que deja el salitre.

—No acabo de acostumbrarme —intentó sonreír—. En broma a veces les digo a mis amigos que soy un animal de tierra firme.

Nuestra conversación se mezclaba con el ruido del motor y en el zumbido de voces: «*Qué calor En el fondo ya no deben quedar peces* En broma a veces les digo a mis amigos que soy un animal de tierra firme *Qué calor hay en este gobierno cojones* Supongo que eres lo más parecido a un gato *Este agosto nos va a matar* Me siento mal *¿Tú crees que sea el calor de agosto lo que de verdad nos mate? Da igual Vamos a tomar cervezas Ya que insistes Y después nos vamos para mi casa* Si sacas la cabeza y respiras profundo se te pasará el mareo *Virgen Santa qué lento va este cacharro ¿Te parece?* —Asentí—. *¡Hasta cuándo carajo!* Está lloviznando... ¿por qué no te mojas la cara con

agua de lluvia? *¡Hasta cuándo será este calor!* —En el interior de la lancha se desgranaron las carcajadas.»

Sacó las manos fuera de la lancha. Me atreví a tocarlas. Las junté. Dedos doblados como si fueran un cuenco. Moje su rostro con las finas gotas que reventaban en sus manos.

—¿Por qué te torturas? —dije.

—No es un castigo. Desde el mar, La Habana no parece la misma. No ves las ruinas, los mendigos... tampoco no se ven desde el agua esos turistas que fotografían a diestra y siniestra carros americanos, negros y negras viejas, pioneros...

—La mierda no se ve desde el agua, pero creo que La Habana siempre será la misma.

Advertí que sus manos ya no estaban tan frías.

—Tal parece que la ciudad tiene una máscara —deshizo el cuenco que eran sus manos y se humedeció el rostro—. No me interesa ver nada más.

Sus manos quedaron otra vez bajo la llovizna. Quise tocarlas.

Se volvió hacia mí y dijo: «Ésta bahía es la máscara o el disfraz para dar la bienvenida. Me subo a la lancha y todo me parece nuevo. Desde aquí tengo una ciudad nueva o una nueva ciudad frente a mí.»

—Pero te estás castigando. Quieras o no es la misma. ¿Sabes para qué es ese muro tan cerca del mar?

Quería preguntarle por el cordón de concreto entre la ciudad y el agua. Y contestó que era una farsa: «Tengo la sospecha de que el Malecón es un dique, un muro para contener a la ciudad, las ruinas, la gente... Solo me queda navegar.»

—Siempre que subas a la lancha estarás en guerra contigo.

Quería convencerla, decirle que era una pelea tonta lo que hacía. Una pelea contra su cuerpo, una guerra entre su alma y el cuerpo.

—Tal vez lo sea para ti —dijo—. No quiero atreverme a más.

—¿Vivirás cruzando la bahía?

Volvió la cabeza a la ciudad.

El ruido del motor nos vino a importar cuando su marcha comenzó a ser la del rugido del atraque.

Nos quedamos frente a la ventanilla. Callados.

«¡*Afuera pasa algo!*» — gritaron algunos pasajeros, trataban de asomarse.

En el embarcadero estaba la policía. Para enterarnos debíamos esperar.

La ventanilla que ocupábamos era la segunda tras la arcada de estribor, el embarcadero y toda Casablanca estaba en el lado contrario. Frente a nosotros la bahía; La Habana lucía otro telón de fondo. El atardecer había quedado atrás. Millares de bombillas se incrustaban desde el Malecón hasta un horizonte negrísimo tierra adentro. El contorno de los edificios se desdibujaba con la llovizna.

Decidimos abandonar la embarcación.

La tomé de la mano y nos fuimos mezclando en el tumulto agolpado ante la arcada metálica de babor esperando el atraque. Algunos sonreían antes de cedernos el paso, otros mascullaban duras frases que decidimos ignorar.

Justo al pararnos bajo el umbral, ella soltó mi mano.

Mientras la lancha terminaba la maniobra del atraque salté.

Ella prefirió esperar.

La lancha quedó vacía.

—Vamos, te ayudo, el piso está mojado.

Me atreví a tomarla del brazo, pero un gesto leve, en su rostro, me obligó a desistir.

—Puedo sola.

—¡El mar no te sienta! —grité.

Ella también justificaba su malestar con el sopor de agosto, la lluvia, y volvió a decir que era un animal de tierra firme. Pero tuve que ayudarla a cruzar la arcada, a pisar los neumáticos entre la lancha y el muelle, a desandar los primeros metros de Casablanca. Y nos miraban y ella no miraba a nadie. No podía. Lo supe después:

luego de las miradas y las arqueadas —yo trataba de hacer algo—. Lo supe después de llevarla hasta el borde del atracadero, de las miradas indiscretas, de sacar mi pañuelo, sostener su mochila, y las últimas arqueadas. Lo supe luego de que la mancha espesa de vómito se disolviera en el agua.

Salimos del muelle. Caminábamos entre la gente. Miraban hacia la estación de trenes, la plaza del parque o las calles principales.

«¡Qué será lo que pasa!» —decían.

Una caravana de patrullas y camiones de la policía se dispersó alrededor del atracadero. Íbamos quizá de la mano o ella se apoyaba en mi brazo, pero sí nos dimos cuenta de que los policías sí nos miraban, igual que a todos: a quienes venían de la lancha, a los que necesitaban cruzar la bahía en sentido contrario al nuestro, a quienes esperaban en la estación la llegada del tren de Hershey, a los que conversaban en la plaza.

Al llegar la última patrulla las sirenas callaron. En ese instante sí la tomé del brazo. Ella y yo de manos. Caminábamos bajo la marea de voces metálicas, esquivando patrullas y camiones. Apurábamos el paso para dejar atrás los gritos, el sonido de los altavoces y los destellos de las balizas. En medio del ruido y los policías me dijo su nombre. Era largo, difícil.

—Te diré Yani. ¿Te puedo llamar así?

Desde el mar hasta la tierra, en un giro frenético, aquellos haces azules rasgaban la penumbra.

«*Se robaron una de las lanchas Encañonaron al marinero* —comentaba un grupo de personas justo en el momento que cruzábamos el parque— *Se la llevaron con gente dentro ¿Con pasajeros? Sí Dicen que se llevaron la lancha que iba para La Habana ¿Estás seguro? Qué importa para dónde iba.*»

Voces metálicas.

Sirenas.

Y más bajo, casi en un murmullo: «*Carajo quién estuviera en esa lancha*»



Yani me pidió hacer el viaje de vuelta en la misma embarcación: «¿Por qué no aprovechamos? Así no tendremos que esperar la próxima.»

Le dije que necesitaba recuperarse, podíamos volver en una guagua. Intenté convencerla invitándola a ver el Cristo. Aceptó subir al mirador.

Dejamos atrás la estación de trenes, el parque.

Bordeamos la colina del mirador.

Casablanca quedó abajo.

—Vengo a cada rato, casi siempre por la tarde —dije.

Al llegar, le propuse sentarnos en el largo y bajo muro que rodea la parte que corona al precipicio. Gracias a la llovizna el mirador estaba vacío. Yani eligió el lugar menos húmedo. De su mochila Yani sacó un periódico.

Y nos sentamos con los pies colgando en el vacío.

—Este lugar a veces se repleta de gente bullanguera, pero apenas me molestan —dije—. Me siento y miro la ciudad, el mar...

—¿Entonces para ti venir hasta acá es como navegar?

Miré su rostro.

Los ojos de Yani devoraban todo el paisaje. Era una barrida lenta desde la pendiente —que bajo nosotros se diluía en la penumbra— hasta el mar, luego sobre toda la ciudad.

Me encogí de hombros: «Subo esta colina quizás para tomar distancia».

La vi sonreír.

—Supongo que ahora sí entiendes porqué insisto en navegar aunque me dé mareos.

—Aunque te subas a una lancha o yo venga hasta aquí no servirá de nada.

Asintió con un leve gesto.

—Ya Casablanca no será para mí un tranquilo pueblo de mar.

Con el índice me convidó a mirar la bahía, la luz del Morro sobre el agua, el litoral. Me hablaba de cómo imaginaba a la ciudad siempre que montaba la lancha. Quería tener ante sí una ciudad y un país conocido apenas en portadas de revistas,

viejos edificios coloniales, rincones y personas a la espera de un encuentro. Olor a frutas, café recién colado, el aroma del cerdo asado. Pero ya no volvería a tener esas imágenes y olores. Parecía que la ciudad y su gente se habían propuesto arrancar la supuesta máscara que Yani veía cuando la lancha atravesaba la bahía.

Los brazos, las manos, toda su piel seguía fría.

Parecía irse a pique.

Aunque intentó esconderlo, lloraba.

Desde la colina miraba el Malecón. Las farolas coloreaban, con un tinte anaranjado, la fachada de los edificios, el pavimento. Envueltos en esa misma aura los autos recorrían la avenida, algunos ciclistas se sucedían a destiempo. La gente caminaba en busca de un lugar seco en el largo muro del litoral, algunos ya lo habían logrado.

Bajo nosotros, junto al embarcadero, las patrullas rajaban la oscuridad con los destellos de las balizas. Estábamos casi a los pies de un Cristo inmenso, blanco, pulcro en su altura.

El aire y la humedad comenzaron a calarnos. Era ya de madrugada, teníamos ropas ligeras.

Bajamos la colina.

Decidimos regresar.



## El insomnio del Censor<sup>3</sup>

Aquel hombre que está parado en el contén es el Censor. Mira a ambos lados de la avenida y la acera de enfrente, justo hacia ese gran edificio que ocupa casi toda la manzana: el Hospital Clínico Quirúrgico Nacional. El Censor lleva más de media hora en el mismo sitio. Suda. Es mediodía. Ha bajado y subido al bordillo de la acera varias veces.

Pasados los diez primeros minutos de haber llegado a ese tramo de la acera intenta cruzar la avenida, sin embargo desiste. Vuelve al contén. Y no ha sido por el tráfico, en esta avenida se interrumpe de manera regular con los cambios del semáforo. Como siempre, ha tomado en cuenta lo que dicen sobre él y se justifica, con aquel que se para a su lado y que también espera para cruzar, que si hasta ahora él no lo ha hecho es porque le falla una pierna, y cojea, y no puede llegar a la otra acera haciendo una carrerita alocada, o trotando, o mucho menos caminar como al descuido y hacerle verónicas a cualquier automóvil que se acerque.

No es menos cierto, basta fijarse cuando sube o baja del bordillo, arrastra una pierna: la izquierda. El Censor tiene además un ligero temblor en sus manos y un tic nervioso en el ojo y la mejilla derecha.

Si ahora está parado sobre el hilo de agua que corre junto al contén es porque ha decidido intentar, otra vez, llegar a la entrada del hospital. Toca su pierna, la izquierda, se da varias palmaditas como si así pudiera apaciguar el dolor. En el semáforo ya se puede ver otra vez la luz roja. El tráfico se ha interrumpido

---

<sup>3</sup> Antologado en el libro: *Los que cuentan —Una antología—* (Cajachina, La Habana, 2007)

nuevamente. Da un paso, otro, y otro, pero el dolor es un aguijón que se le hunde en la carne. Y desiste, entonces regresa a la acera.

El Censor mira a los lados y se para sobre el bordillo. Ha cerrado los ojos, quizá espera a que desaparezca el dolor o se pregunta por qué y desde cuándo comenzó a cojear. Por un instante se cree en su enorme apartamento. Años atrás, cuando en su oficina lo sorprendía el agotamiento luego de una ardua jornada de trabajo, cerraba los ojos y se imaginaba en su balcón, en una tumbona, tomándose un daiquirí. Incluso se descubría sonriendo y hasta hacía un comentario para sí. Cómo no tomarse un trago y luego dormir a once pisos sobre el nivel del asfalto, repletándose los pulmones con la brisa que llega desde el litoral. Pero eso le sucedía años atrás. Ahora, cuando se imagina en su casa no *va* hacia el balcón sino al cuarto de baño y se para frente al espejo. Es cierto que, tal como otras veces, tiene los ojos cerrados, pero se está mirando, ve su cara reflejada en el espejo —ese espejo que lo inquieta allí en su memoria—. Incluso ladea y alza y baja la cabeza. El Censor era un hombre corpulento, de cabellos negros bien cortados. Gracias al brillo de la vaselina y al aroma de la colonia nadie dudaba que el Censor hubiera dormido bien y que estuviera más que descansado para empezar el día. Muchos no han olvidado ese rostro, sobre todo los que coincidían con él a la entrada o en los corredores del castillo donde está emplazado el Instituto Nacional para la Literatura y el Libro. Su carita mañanera se completaba con una sonrisa tan cuidada como su bigote. Lo sabe y tampoco lo ha olvidado. Cuando lo recuerda siente un escozor y comienza a rascarse. Con las yemas de los dedos y después con las uñas se rasca en las manos, el rostro, los brazos. La rasquiña le ha dejado marcas y postillas que vuelve a arrancar. Sin embargo, el espejo del cuarto de baño le devuelve la imagen de un rostro que, a fuerza de verlo una y otra vez, sabe que es suyo. De aquel figurón solo queda la nariz aguileña y la costumbre de engrasarse las pelusas de la cabeza. A pesar de que ha abierto los ojos y que está de cara a la avenida, aquella imagen en el espejo no se le borra de la memoria: dos bolsas oscuras bajo los ojos, una piel seca y amarillenta, el bigote canoso, la barba incipiente.

Carraspea, tose. Hay personas muy cerca de él, lo miran, pero como el semáforo ha cambiado la luz verde por la roja se desinteresan y van a por la otra acera. El Censor, cojeando, se mezcla en esa avalancha. Tose, limpia el sudor de su frente y seca sus manos en el pantalón. Cojea y tose y carraspea y escupe y mira a los lados. Ha alcanzado la acera opuesta, está frente al Clínico Quirúrgico Nacional. Le ha vuelto el escozor, se rasca, se ha arrancado unas postillas y sangra. Ahora tiene que decidir si cruza o no el umbral de la entrada.

El Censor se vuelve por un instante, ha dejado atrás la avenida. Mira sus brazos, las manos, las limpia en el pantalón y se convence de que, si ya ha llegado a la acera opuesta, lo mejor es entrar.

Mientras sube la escalinata disimula el temblor de sus manos hurgando en la bolsa de tela que trae y luego en los bolsillos del pantalón. Pero no puede hacer lo mismo con el rostro. Cómo disimularlo. Dónde esconderlo para que nadie descubra las ojeras, el tic nervioso. Entonces agacha la cabeza como si caminara ensimismado, pensando. Y para que todos crean que él no finge cuenta los escalones. Y se rasca. Y tropieza al llegar al séptimo peldaño. Tropieza con alguien que viene en sentido contrario. Las miradas se cruzan. Y tiene el cuidado de acomodarse un mechón engominado sobre ambas sienes. Se han reconocido. Cómo podría olvidar esa cara. Aunque se ve envejecido es el Censor, tiene que ser él, pero luce viejo, enfermo, un ripio —así piensa el que baja las escaleras, incluso se ha detenido para asegurarse—. El Censor cree que el rostro del que abandona el hospital le resulta familiar. ¿Dónde habrá visto aquella cara blancuzca, puro hueso y con unos ojitos claros, que como ahora le parecían tan bellos? ¿Y esos espejuelos? ¿Y el paraguas negro colgando en el brazo? El paraguas, sí, el paraguas. Ese hombre es muy parecido a la persona que cree sea. El Censor carraspea, se rasca, tose y se vuelve. Descubre que ese hombre sonrío, es pura complicidad esa sonrisa, y es consigo, en este instante solo ellos están en la escalinata. Esa misma persona, además de sonreírle, le hace un guiño, lo saluda. El Censor le devuelve un guiño con su párpado y mejilla derecha, pero este es un

gesto involuntario. Agacha la cabeza y apura su cojera hacia la entrada del hospital para atravesar el inmenso portón.

El interior se abre en un gran lobby. Todo el ruido de la avenida ha quedado atrás, también el bochorno del mediodía. Cierta frialdad y un murmullo dan en su rostro.

Encorvado, con el pellejo colgándole de los brazos y la barbilla, el Censor busca la casilla de información. Tras pensarlo durante cuatro meses decidió consultarse con un psicólogo.

Casi todos los asientos del salón de espera están ocupados. Mientras busca la casilla de información cree ver rostros conocidos entre los pacientes y acompañantes. Cuida que los mechones engominados cubran ambas sienes. Alguien le guiña un ojo, otro se quita los espejuelos y le dice al que está sentado a su lado: Te diré algo, vas a tener bastante material para un buen chisme, escucha, mi torcedor es el miedo, un miedo que tiene su origen en un maldito sentimiento de culpa, ¿lo ves?, ¿ves a ese que viene cojeando?, ese fue algo así como mi torcedor, ¿por qué pienso que debo pagar algo malo que he hecho?, ¿por qué? Aquel con quien habla hace una mueca y apunta un paraguas negro hacia el Censor, con desparpajo, y responde: Si ese fue tu amedrentador hazle un obsequio, regálale una sonrisita desdeñosa que aflore de tus labios.

El Censor cree que su vista también le falla. Todos en el salón parecen tener un mismo rostro y gestos similares. Un mismo cuerpo se repite en otros cuerpos. Una piel muy pálida, un rostro delgado, ojitos claros y vivaces detrás de unos espejuelos, maneras muy delicadas, suaves y a la vez exageradas, escandalosas, tan parecidas a las de aquel con quien había tropezado en la escalinata se repiten en cada uno de los hombrecitos que esperan en el salón. Y como en esa parte del lobby no está lo que busca, se vuelve hacia el lado opuesto. En este otro grupo de personas hay quienes también lo reconocen: un dedo que lo señala, un comentario que cruza fugaz de labio a oreja, una mirada fija y dura, un rostro pálido que lo evita ocultándose primero tras

una columna y luego detrás de cuatro personas que están conversando —pero es puro nervio el hombrecito, tanta es su paranoia que ha abierto un paraguas y camina en dirección opuesta—. El Censor tose, detrás de este grupo está la casilla de información. Sabe que debe cruzar por entre las filas de asientos. Y cojea entre ellos. Mira a los lados porque cree escuchar una risita socarrona, un comentario bajo. Es cierto, alguien dice: Así que ese fue el cabrón que no te dejó ni un huequito para respirar. También cree escuchar una llamada. No tiene que ser precisamente consigo, sin embargo quien llama insiste y nadie responde. El Censor vuelve a sentir la picazón pero no quiere rascarse. No quiere meter la bolsa de tela bajo el brazo para no obligarse a sacar la mano del bolsillo y rascarse. No quiere que quien lo mira, ese mismo rostro cuyas facciones están repetidas en otros rostros, sepa que le tiemblan las manos. Pero basta que le vean la cara, basta que sepan de su tic nervioso. Así piensa. Por eso no se vuelve para ver si la llamada es o no para él. Caminar. Caminar, caminar. Caminar, caminar y caminar. Caminar y preguntar dónde está la consulta. Dónde está la maldita consulta del psicólogo. Caminar. Nada más que caminar. La casilla de información está muy cerca.

—¡Oiga! —Lo tocan en el hombro.

—¿Sí? —El Censor se cuida de que los mechones de cabello engominado oculten las sienes.

—Disculpe, apenas tengo aliento —dice casi ahogado un hombre grueso—, mis pulmones y las piernas ya no soportan estas carreras. Era yo quien lo llamaba, desde bien temprano le esperan, siga por este pasillo, quien lo espera desespera, es en el último cubículo. No tiene que llamar a la puerta, solo ábrala, no tenga pena, recuerde que dentro hay alguien muy dispuesto a atenderlo. Yo diría que casi muere de las ganas de verlo.

—¿Pero quién me espera?

El gordo sonrío. Tose, traga una gran bocanada de aire para entonces contestarle: No se preocupe, quien lo espera pidió atenderlo, ha sido paciente, muy,

como un mulo, sabía que en algún momento usted vendría, y se verían, y podrían entonces conversar.

El Censor, antes de despedirse, pregunta si la puerta que se ve al final del pasillo es la consulta del psicólogo.

El gordo asmático sonríe:

—Ande. Ande usted y vaya luego al otorrino. ¿No ha notado que le falla el oído? Pero allí sí que no lo esperan.

El Censor no se vuelve. Con la cabeza gacha y la cojera avanza por el corredor. Sabe que el gordo esperará a que llegue al final del pasillo, a que se pare frente a la puerta, abra y entre. El gordo lo mirará, sonriendo. Sospecha que el gordo sabe que, a pesar de la advertencia de que no necesita tocar, llamará a la puerta una y otra vez, que seguro demorarán en responderle y él estará parado frente a la consulta varios minutos, rascándose, con el tic nervioso haciendo de las suyas. Este simple gesto de llamar a la puerta y esperar afuera hasta que lo llamen divertirá mucho, muchísimo, al gordo asmático. Lo sabe.

«*Adelante*» —dicen desde adentro.

El Censor pone la mano en el picaporte.

«*Adelante, pase de una vez, por favor.*»

Mira hacia el otro lado del corredor, pero solo alcanza a ver la espalda del gordo asmático, quien desaparece entre los que esperan en el lobby.

Entonces abre la puerta.

La habitación es oscura, las persianas están entornadas, el cambio brusco de la claridad en el pasillo a esta penumbra obliga al Censor a tantear, a trastabillar, cojeando. Lentamente se revelan los detalles. ¿Acaso es cierto que ya tiene, además de alucinaciones, problemas en la vista? El Censor vuelve a girar la cabeza. Todo se ve cada vez más claro, es una habitación casi desnuda: una ventana entornada, paredes vacías, solo hay un inmenso cuadro —al pasar frente a él ve que es un esquema de la médula espinal y dos vistas del encéfalo: un corte transversal y el



mismo encéfalo visto desde su base—. También hay una silla, un buró de por medio —porque detrás está el psicólogo, quien se mece en un sillón.

—Por fin ha llegado. Siéntese.

El Censor arrastra la silla y se acerca al buró. El psicólogo deja de balancearse y enciende la lamparita del escritorio.

—¿Usted? —Dice el Censor comprueba que los mechones de cabello engominado oculten ambas sienes.

—¿Me conoce? —El psicólogo sonríe, se quita los espejuelos— ¿Nos hemos visto alguna vez?

—Creo que sí.

—Me gusta caminar, a veces desayuno café con leche en una cafetería camino al trabajo. Puede que nos hayamos visto ahí, casi siempre desayuno en el mismo lugar. ¿Sería allí donde me vio? —Sonríe y comienza a mecerse en su sillón.

—Ya no estoy seguro de nada. Puede que alguna vez lo haya visto.

—¿En su oficina?

—¿En mi oficina?

—¿Entonces no me miente cuando dice que ya no está seguro de nada?

—Disculpe. Es que su cara me parece conocida. Tal vez nos vimos en los pasillos del Instituto...

—O en su oficina.

—¿No recuerda cuándo pudo haber sido?

—Entonces es cierto que ya no está seguro de nada. Bien pudo haber sido en la cafetería. ¿Acaso no le gusta el café con leche? ¿Y qué me dice de las tostadas con mantequilla?

El Censor comienza a rascarse. Es tanta la comezón que decide poner la bolsa de tela sobre el escritorio. Trata de evitar la cara blancuzca y huesuda del psicólogo —que aparece bajo el cono de luz de la lámpara y luego se diluye en la penumbra al compás del balanceo del sillón—, y sus ojos, esos ojitos claros, miopes, vivaces,

bellos. Entonces descubre que hay un paraguas en uno de los rincones de la habitación.

—Ya no duermo —dice—. Me acuesto, cierro los ojos y no más concilio el sueño caigo en una pesadilla. Todos los días me pasa lo mismo, es terrible. Necesito dormir, quiero descansar.

El psicólogo detiene el sillón, toma a la lámpara por el casquete y le ilumina la cara al Censor.

—¡Míreme! —Dice el psicólogo—. Míreme, por favor.

El psicólogo sonríe pero el Censor no puede verlo. No puede ver cómo toma una estilográfica y comienza a señalar, desde su sillón, cada detalle del rostro: Papada, ojeras oscurísimas —va diciendo a media voz—, tez seca y amarillenta, alopecia, seguro también ha perdido algunos dientes, ¿cierto?, y rasquiña.

—Es cierto.

El Censor tose, carraspea, se lleva la mano a la boca y, además de tocarse con la punta de la lengua cada hueco en su dentadura, siente la halitosis. A la pregunta de cuáles son los terribles sueños que lo agobian responde: En cada pesadilla despierto en cualquier parte de la ciudad y en donde esté pasa lo mismo, sí... o casi lo mismo, doctor, todos los hombres tienen el mismo rostro, como el suyo.

El psicólogo sonríe, lleva su mano a la barbilla y comienza a mecerse.

—¿Nada más?

—No. Me pasa algo raro. A veces las pesadillas no son más que la repetición de un día de trabajo cualquiera en el Instituto. No ocurre nada extraordinario, pero ya no puedo soportar verme durante toda la noche en mi oficina, abriendo gavetas, revisando expedientes, libros o haciendo nuevas fichas de escritores, demasiadas personas por clasificar, y todos tienen la misma cara. Hay otras pesadillas donde paso una hora o dos con alguien parecido a usted, sin hablarnos. Esa persona aparece y solo está en mi oficina viéndome hacer, a ratos sonríe. O me veo desnudo y despeinado a la entrada del castillo, o en el patio central. O peor, usted o quien sea que se le parezca aparece en la pesadilla montado sobre mí, cabalgándome,

pegándome con un cuje y yo a toda carrera por los pasillos a la vista de todos. O peor... he tenido pesadillas peores.

—Le confieso que me encantan los chismes. Cuénteme cuáles son las peores. Dígame a quién le recuerdo.

El Censor tose. Intenta esquivar la mirada del psicólogo y se vuelve hacia esa pared donde está colgado el inmenso cuadro. Sin embargo, también evita la imagen del corte transversal del encéfalo para luego advertir que ese paraguas recostado en un rincón, justo en la pared opuesta a la del cuadro, es negro. El Censor cierra los ojos y los presiona con los puños. Dice algo, pero en voz muy baja, tan baja que es imposible escuchar qué ha dicho. Solo entonces decide abrirlos y mira sus uñas, las manos, los brazos. Sobre la piel hay un leve rastro de sangre, la limpia, y limpia sus manos en el pantalón.

—Perdón —dice el psicólogo sin dejar de balancearse—. ¿Por qué esa sensación de culpabilidad?

Con la palma de la mano el Censor intenta mitigar el escozor, la desliza despacio sobre los brazos, hombros, el pecho, pero ese roce suave se torna más brusco, hasta que decide acabar con la picazón utilizando las yemas, las uñas. Se rasca el rostro, se meza las pelusas de la cabeza, las alisa luego. Tose y carraspea. Hace guiños involuntarios y toma la bolsa de tela. Se levanta, sin embargo vuelve a sentarse.

—No me ha respondido —el psicólogo limpia los espejuelos.

El Censor deja otra vez la bolsa sobre el escritorio y le dice al psicólogo: Soñé que subíamos una montaña, estábamos usted y yo, o alguien parecido a usted, me refiero a ese escritor que creo haber visto alguna vez en mi oficina. Habíamos llegado a la cima y solo nos quedaba bajar. La pendiente era muy escarpada, de rocas filosas. Él no quería dañarse los ojos en la bajada, ni yo estropearme el bigote ni el peinado, así que decidimos cuidar con nuestras manos lo que no quería perder el otro. Sus ojos eran tan bellos, vivos... Pero resbalamos en la parte más difícil de la bajada. En la caída fuimos perdiendo pedazos del cuerpo, y cuándo de él nada más quedaban las

manos y esos ojitos claros, con una de las mías sostuve sus manos contra mi cabello para no despeinarme con las volteretas, los choques y las ráfagas de aire. Ya usted puede imaginar qué pasó con los ojos de quien caía conmigo.

El Censor suda, intenta alcanzar la bolsa que ha dejado sobre el escritorio, pero desiste. Trata de acomodarse en la silla y carraspea. El psicólogo no ha dejado de mecerse. Desde la penumbra mira al Censor, sin hablarle. En silencio pasan algunos minutos. Solo el crujir de la madera es lo que se siente en la habitación, y el ruido del carraspeo del Censor al aclarar la garganta, y cuando además de carraspear tose, y los portazos en las consultas que están a lo largo del corredor.

El Censor espera otra pregunta, pero como el psicólogo sigue en silencio decide comentarle que esa no es la única pesadilla que vuelve una y otra vez. Como la anterior, otras también estallan en su cabeza en plena madrugada y son variaciones de cuentos que ha tenido que revisar para darle o no el imprimátur, como aquella pesadilla en la que todo el país se iba cuesta abajo por una crisis: Una crisis muy dura —dice—, solo había unos pocos vegetales, hierbas para hacer infusiones y agua, comíamos y bebíamos solo eso hasta que llegó a mí el comentario de que alguien, supongo ya sabe de quién le hablaré, había descubierto la forma de agregar la carne, la dichosa carne a la dieta. Yo mismo hablé con el gobernador de la ciudad para analizar esa experiencia. Después de la reunión el gobernador quiso ponerla en práctica. El único requisito que ese hombre pedía era que todos lo hiciéramos por igual, él ya se había cortado un filete de su propia nalga. Le dije que todo se cumpliría tal como él lo pedía, sin embargo en el sueño lo obligué a compartir primero su carne conmigo con la promesa de que yo, que estaba más grueso y era más alto y saludable, compartiría mis carnes con él cuando se terminaran sus reservas. Hice que creyera que compartía mi carne, pero solo le di las hemorroides y mi bazo. Como no le alcanzaba para saciar el hambre, terminó comiéndose los dedos y los ojos. Era lo último que quedaba de él, lo que quería conservar.

—¿Qué trae en esa bolsa? —El psicólogo deja de mecerse, se inclina y con la punta de la estilográfica toca la bolsa de tela.

—Cargo con ella gracias a la pesadilla de ayer. Estaba en mi cuarto, necesitaba descansar. Me quedé dormido, comencé a soñar que estaba en mi cuarto y no podía dormir, todo por culpa de una pesadilla. Una pesadilla dentro de otra. En el sueño salí al balcón a mirar la ciudad, el mar, a respirar un poco de aire puro. Nada, no podía conciliar el sueño. Entonces un vecino me recomendó caminar... caminar hasta cansarme, tomar un tilo y apagar la luz. Sé que imagina quién era mi vecino. Como no resultó, en el sueño visité a un médico, casualmente la consulta estaba al final de un pasillo muy largo. Era un lugar a oscuras, como este. Hablamos, me dio un consejo. Lo seguí al pie de la letra a pesar de que me costaba mucho trabajo. Pero tampoco logré dormir. Entonces salí a buscar un revólver. Lo conseguí. Doctor, tengo miedo, mucho miedo.

El psicólogo sostiene la lámpara por el casquete e ilumina la bolsa. Se inclina sobre el buró. Toca la bolsa de tela esta vez con la punta del dedo.

—Devuélvalo, el insomnio es una cosa muy persistente —dice, ha tomado la estilográfica y juega con ella—. ¿Por qué no prueba escribir sus memorias? No importa que cualquier texto sea de antemano pura ficción, pruebe hacerlo. Eso sí, no trate de pasarse gato por liebre, se sentirá muy mal cuando descubra que se hizo trampa al dejar, así como por olvido, algunas lagunitas. Pruebe —y comienza a mecerse—, ya verá el resultado.

El Censor tose, se rasca. Toma la bolsa y se levanta. Entonces se despide. Tiene los ojos irritados, unas lágrimas ruedan sobre las ojeras y terminan descolgándose del pellejo de la papada.

Al Censor se le nota más encorvado, el aguijonazo en su pierna izquierda le taladra desde el carcañal a la cintura. Un paso, otro, y otro. Tendrá que adaptarse otra vez a las pisadas, cojear poco a poco hasta que el dolor sea tolerable, le sucede siempre que pasa demasiado tiempo sentado. Le cuesta recuperar el paso. Y cierra los ojos, pero los vuelve a abrir porque se supo en su apartamento, a once pisos sobre

el asfalto, justo en el cuarto de baño. No quería ver su rostro en el espejo, el azogue solo le devuelve una nariz aguileña y pelusas alisadas bajo una capa de grasa.

El psicólogo deja de mecerse. Toma el casquete de la lámpara y le alumbra la cabeza al Censor. Tiene, justo en la sien y mal disimulado bajo los mechones grises y engominados, un agujero oscuro de bordes astillados y sanguinolentos.

—Tome —dice y sonrío. Sus ojitos no dejan de mirar al paciente.

El Censor no logra sostener la mirada. Cómo hacerlo. Cómo mirar esos ojos claros, vivaces, duros, miopes. Cómo olvidarlos.

—Disculpe, doctor. ¿Qué es? No logro ver.

—Le regalo mi estilográfica. Empiece hoy mismo.





## El encuentro<sup>4</sup>

Sonaron las campanadas y se escuchó el falso canto del descolorido pajarito. El reloj de pared anunció la llegada de las diez.

Juan estaba a oscuras y toda la casa permanecía bajo un rotundo silencio. Así será el resto de la noche. A través de las ventanas la luz del alumbrado público acuchillaba la penumbra.

Volvió la mirada a la pared. Primero al reloj, luego al cuadro con la fotografía de su esposa. El retrato llevaba más de veinte años colgado en el mismo lugar. Lo había encargado a uno de los fotógrafos del estudio *Rodríguez e Hijos*. Cuánto tiempo sin verlos. Ya no debe quedar nada de aquel negocio.

De la mesa tomó la pipa.

Sonrió.

Miró el retrato.

Todavía son negros los ojos y grande y clara la risa.

Sacudió la pipa contra la mesa. La ceniza cayó en el piso. Justo en el centro del manchón de picadura quemada dibujó un círculo. Juan se preguntaba si era cierto que después de la muerte el alma podía hacer el viaje de vuelta. Pensaba en la reencarnación, en la posible desmemoria al habitar otro cuerpo. Intentaba imaginarse cómo podría ser el reencuentro con los amigos, la familia y la ciudad una vez se regresara a la vida luego de la supuesta reencarnación. Cómo podría volver a verla, pero a ella, a Bonita, a su Bonita, no a cualquier cuerpo de mujer donde hubiera que verter todos los recuerdos.

---

<sup>4</sup> Del libro de cuentos *Inventario* (Premio David 2004, UNION, 2007)

«Bonita y Juan» —pensó.

Escribió una *B* junto a una *J* cuidando no deshacer el manchón de ceniza.

«Bonita, ¿es cierto que la vida tiene un camino de ida y otro de vuelta? Ya podrías responderme si empieza y termina en el mismo sitio.»

Rellenó la pipa.

El tabaco ardió.

Los rizos de humo y el aroma se mezclaban en un ascenso caprichoso. Juan imaginó a la vida como un viaje. Allá en su memoria se volvió nítida la fachada del estudio fotográfico *Rodríguez e Hijos*; entonces decide cruzar el umbral: «Ya está lista, pensé dejarte la foto en tu casa» —dice el viejo Rodríguez. Juan saluda a todos. Paga. En sus manos ya tiene el retrato. Es su Bonita. En la cartulina la imagen está impresa solo hasta el busto.

Tiene el mismo marco.

Nunca la ha movido de su sitio.

Todavía son negros los ojos y grande y clara la risa.

Juan siguió con la mirada los rizos del humo hasta que se deshicieron en los horcones del techo.

Se levantó. Con el pie borró las letras y el círculo.

Había salido al patio con la intención de buscar una sogá. Pero fue a su cuarto y regresó con un pedazo de papel y lápiz. Le bastaba la poca luz que había en la sala, a fin de cuentas solo escribiría una oración.

Apenas buscó acomodo en la mesa:

*No morí viejo* —escribió—, *tampoco Bonita*.

Releyó la nota. Se preguntó si valdría la pena dejar algún mensaje.

Dobló el papel.

Lo guardó en un bolsillo.

Volvió a encender la pipa. Las volutas y el aroma dulzón le ayudaron a desandar la memoria. Una vez quedó a la deriva en sus recuerdos se imaginó en la Calzada de 10 de Octubre. Hace señas al chofer del ómnibus. «Gracias.» El conductor



apenas lo mira. Juan sabe que el viaje es largo, pero debe llegar a tiempo. «¡Necesito que vayas más rápido!» Los pasajeros lo miran. «Más rápido, por favor.» Tras los cristales de la ventanilla la ciudad es una lenta sucesión de cuadras, árboles, bocacalles. El sol cae vertical y la avenida es una madeja de autos. El autobús se mueve torpemente, la calzada deja de ser un terreno llano y la pendiente obliga al motor. Entre los autos el ritmo se vuelve todavía más lento. «¡Más rápido, por favor!» El chofer lo mira e intenta buscar un espacio en el tráfico del mediodía. El ómnibus, a puro golpe de claxon, adelanta su lugar en la fila con un pesado zigzag. «Déjeme aquí.» Juan ya no grita, pero los pasajeros no dejan de mirarlo. «¡Déjeme aquí!» El autobús se detiene. No podía llegar tarde. Anularía el contrato. No harían falta la capilla y la bóveda.

El ómnibus se pone en marcha. Juan lo ve alejarse. No espera a que se confunda entre la doble fila de autos. Prefiere no imaginar a su esposa tendida en el pequeño salón de la funeraria, encerrada entre las maderas del ataúd. Entonces se obliga a encontrarla en otro sitio. En la imagen que ha ido componiendo, a la que vuelve una y otra vez para quedar a la deriva en sus recuerdos, es mediodía. En esa imagen la ciudad ha dejado de ser una sucesión de casas, árboles, plazas, calles y avenidas que se cruzan. Ahora es un terreno amplio, llano, caliente, de entrecalles estrechas y vacías, cercado por un alto muro. Hay vírgenes y ángeles tallados, cruces, lápidas, panteones; es diversa la arquitectura, si no es profunda la pena el eclecticismo llegaría a desconcertar. Piedra, mármol, granito, asfalto. Árboles. Hay demasiada tranquilidad. El aire no bate, del suelo se desprende un vaho quemante. El cementerio es un gran islote en medio de La Habana. Pero no se escuchan los ruidos de la ciudad. Una mujer vestida de negro espera bajo un árbol que ha perdido el follaje. Es Bonita. Juan se ha obligado a soñarla fuera del maderaje del ataúd y se pregunta si debe apurarse. Ella arregla su vestido, el cabello; está sentada muy cerca de las fosas colectivas. No hay belleza en las formas de esas tumbas. Ángulos rectos, piedra gris acompañada de tarjas y floreros bajo el sol. La mayoría de los árboles se suceden junto a los muros del cementerio. Por más que Juan apura el andar sus pasos

se aletargan. Antes de sentarse junto a su esposa debe llegar a la funeraria. Pero no está en el cementerio la funeraria. *La Moderna* está en otro municipio. Por eso había tomado el ómnibus. Esa era la razón de que le pidiera prisa al chofer. Quiere acabar la distancia y así anular los trámites del entierro. Se empeña en acelerar la carrera. No desea encontrar a nadie, solo correr. Sin embargo sus pasos se aletargan. La calle hacia la funeraria se extiende irreal bajo sus pies, desierta, sin ruidos, mugre y autos. El aroma de las picualas delata los ramos colgando de la enredadera. «Le llevaré flores. Un ramo pequeño. Le haré un collar de picualas, o un pulso, aunque Bonita estaría contenta con una flor.»

En el encuentro que Juan se obligaba a soñar supo que no bastaba alcanzar la escalinata de la funeraria. El lobby no está vacío, algunos amigos conversan en el salón, otros fuman bajo el umbral de la entrada. Juan sube los escalones a prisa. Ahora sería buscarla y avisarle a todos que esa muerte es un estado pasajero, un alto en el viaje de retorno.

En la entrada lee: *MARÍA VICTORIA FERNÁNDEZ GARCÍA, CAPILLA 2, HORA 2:30 PM*. Pensó que debería tirar el atril al piso. No debería estar allí. Quizá era un error. En el rotulado se sucedían las letras del nombre de su esposa, aunque solo leía *Bonita*. Juan tumbó el atril. Corrió a la capilla. Están los amigos de siempre. Junto a la puerta de entrada ve a Francisco y Amparo; en los sillones conversan el viejo Rodríguez, su mujer y el hijo. El ataúd está en el fondo de la sala, encima tiene varias coronas. Juan, sin saludar a los que velaban el cuerpo, entra y lanza a un rincón los adornos florales. «¡Ésas coronas no son para Bonita! Ella no debe estar aquí.»

La tapa del ataúd cae. El ruido destroza el murmullo de quienes observan a Juan. El eco del golpe de la madera contra el suelo se multiplica en el pequeño salón. Hasta apagarse. El cuerpo de su esposa se desprende de la rigidez con una gran bocanada de aire. Parece no entender porqué se han reunido los amigos de la familia. Bonita mira a su alrededor. Ha comprendido. También seca sus lágrimas. Sonríe. Todavía son negros los ojos y grande y clara la risa. Juan carga una silla. Sienta a su

esposa. En el regazo de Bonita deja el ramo de picualas. Ella cierra los ojos, ladea suavemente la cabeza como si el aroma de las flores la adormeciera.

Juan miró el retrato. Recordó que en el camino a la funeraria había arrancado un racimo de picualas. Creyó sentir el aroma de las flores. Era un racimo pequeño. Una docena de flores con las que Bonita se habría tejido un collar.

Tomó la nota que había escrito. Volvió a recordar a su esposa. Ella deja de acomodarse el cabello, su mirada queda fija en dirección a la calle que desemboca frente a las fosas colectivas. *No morí viejo...* —leyó Juan—, *tampoco Bonita*. Hay lágrimas en el rostro de su esposa, ella las seca y abandona la poca sombra bajo el árbol. En su deriva a través de la imagen a la que había vuelto, Juan advierte que Bonita lo observa tal como si intentara saber lo que su esposo estaba pensando. *Por qué insistes, no lo hagas* —las palabras de Bonita se escuchan en el árido silencio tras los muros del cementerio—. Juan hunde la cabeza entre los hombros. *No morí viejo...* Bonita se despide, la silueta se confunde bajo los árboles sembrados junto al muro del cementerio.

Dejó la pipa en la mesa y guardó la nota en el bolsillo.

Fue al patio.

Regresó con la cuerda.

Una vez en el baño ató la soga a uno de los horcones del techo.

El lazo se balanceaba. Imaginó que del nudo corredizo colgaba un hombre, pero sin rostro; era un espacio vacío para que pusiera los rasgos de su cara y diera nombre y motivos a aquel cuerpo.

Tomó la cuerda.

Su memoria trajo de vuelta a Bonita. Ella caminaba, parecía que intentaba buscarlo; a destiempo miraba en dirección al árbol bajo el que estuvo sentada o a la calle que desemboca frente a las fosas colectivas.

Tiró de la soga.

Parecía firme.

La imagen de Bonita regresa a su memoria. *Por qué insistes, no lo hagas.* Juan prefiere no escucharla, tampoco encontrarse con la mirada de su esposa.

Acomodó el brazo dentro del nudo corredizo, Bonita deja entonces el collar de flores sobre la tapa de granito gris.

Morir viejos. ¿Acaso ese no era el sueño de ambos?

Se aferró a su antebrazo.

Tiró.

El nudo mordió fuertemente la piel.

Se creyó frente a ella: los dos bajo el árbol. ¿Bonita?: recostada al tronco descascarado. ¿Él?: con el brazo colgando de una cuerda. La extremidad atada era un colgajo lívido y frío.

Estaba en puntas de pie y con el brazo amarrado a una soga. ¿Cuánto tiempo debería estar así?

Prefirió cerrar los ojos.

Se sentía ridículo.


No aguantó el dolor.

Intentó abrir y cerrar la mano. Tenía una marca morada. Ardía. Miraba la soga. Se acordó de la nota.

En medio del árido silencio de la sala, con el falso canto del descolorido pajarito el reloj marcó las dos de la madrugada.

*Morirnos viejos...*

Arrugó el papel. Hizo una pelota pequeña. La tiró al cesto de la basura.



## La Cortina de Plátano

(Sobre *La breve y maravillosa vida de Óscar Wao*, de Junot Díaz, Mondadori, 2011)

### Año de la Rata, año que marca un punto de inflexión

Una novela cubana escrita por un dominicano ganó el Premio Pulitzer de Ficción. En aquel momento el dominicano, un hombre llamado Junot Díaz y nacido en Santo Domingo, tenía 40 años y vivía en Nueva Jersey. Corría el año 2008, el Año de la Rata en el Horóscopo Chino.

Escritores todos, este no es el inicio de una nana para tranquilizarnos. Tampoco un relato al mejor estilo de la *Sci-Fi made in Cuba*. No es ni mucho menos un contrasentido. Quizá sea un aviso que podría quitarnos el sueño. Poner las barbas en remojo. En el Año de la Rata, *La breve y maravillosa vida de Óscar Wao*, de Junot Díaz\*, fue la obra que se llevó el gato al agua, o el premio al bolsillo, en la quiniela de los Pulitzer.

Según la nota de contracubierta de la edición hecha por Casa en el año 2009, la novela de Junot es “una obra pensada en español y escrita en inglés que explora con acierto nuevas zonas de la realidad, el lenguaje y las tecnologías” mientras disecciona “la saga de una familia dominicana en Nueva Jersey”. La traducción del inglés estuvo a cargo de Achy Obejas.

No es una edición hermosa la que se le dedicó a la novela de Junot en la colección La Honda de la editorial de la Casa de las Américas. Cubierta gris ratón combinada con el matiz del cardenal luego de un duro puñetazo en el ojo. Pero viene a tono con las trazas que deja el fukú (maldición o condena, “algo tan real como la mierda, algo en lo que cualquiera podría creer”) en la vida de cada uno de los miembros de la familia Cabral (por extensión la vida de cada uno o casi todos los “Perros de Dios” —“Domini Canis” o Dominicanos) no solo bajo las poco más de tres

décadas en las que el mulato Rafael Leónidas Trujillo Molina, suerte de Sauron, hizo de la República Dominicana (RD) la versión caribeña de Mordor. La novela abarca tres décadas más, alcanza la primera mitad de los 90's como si se deslizara, velocísima y temeraria, por una autopista en la que los choferes huyen de la onda expansiva de una explosión nuclear.

La historia rebasa la década en que Sauron fue acribillado por un comando de opositores (1961 fue el año en que salió al aire el último capítulo de las tres temporadas —o tres décadas— de El Jefe), sin embargo el Fukú Mayor o el virus de la violencia que inoculó el reinado del Trujillato en la sociedad dominicana al parecer es como el insomnio: “una cosa muy persistente”. Un organismo resistente a la pólvora, el plomo y los cambios presidenciales, tal como si sobreviviera a la muerte del cuerpo donde estuvo alojado.

### **El sonido y la furia en el maravilloso relato de un otaku**

La Habana, primera mitad de la década inaugural del XXI. Estrenábamos el nuevo siglo. Las consignas, manuales, los títulos de columnas científicas, líderes políticos y programas de TV y radio nacionales tenían al XXI como el futuro. Siendo ya un real presente, un escritor y amigo hacía proselitismo en los altos de la librería Ho Chi Minh (Boulevard de San Rafael, municipio Habana Vieja) con el “Evangelio de la Literatura Menor”. Gilles Deleuze y Félix Guattari eran los apóstoles. En sus encendidas charlas aquel escritor habló de “dispositivo colectivo de enunciación”, de “desterritorialización de la lengua”, de ratas y perros, de rizomas como estructura para obras literarias\*\*.

Más allá de las clasificaciones y Evangelios, la novela de Junot Díaz es un *super bowl* en donde no sólo se enfrentan equipos contrarios (la Familia Cabral y amigos Vs. el Fukú Mayor o el oscuro reinado de El Jefe Sauron Trujillo dentro de La Cortina de Plátano) bajo la mirada atenta y las palpitaciones de los lectores según el *score* del partido; allí, a la sombra de una imposible historia de amor, sangre y dolor, está condensada la cultura del *game video* y los juegos de roles, las series de TV y los

*comics*, o el ruido seco y grave de un puño contra el abdomen o el pómulo, la literatura fantástica y el cine fantástico, la literatura de ciencia ficción y el cine de ciencia ficción. El universo *The Lord of The Ring* de J.J.R. Tolkien merece una oración aparte; no es una referencia literaria más, es combustible transvasado a los personajes y a la historia en la que están envueltos, incluso sirve como Nomenclador o Sistema de Unidades ideal en la caracterización de la realidad política y social de la RD entre 1930 y 1961.

Para completar la ingeniería oculta bajo el relato de Junot, hay un *spanGLISH* afilado y real. Una verdadera navaja. El “criollo” de J. Díaz opera como *updating* literario. Tal como si nos dijera: “Conmigo vienen los de atrás. Los de atrás vienen conmigo”. Con esa voz entra el presente y el pasado de la familia Cabral (Óscar — negro y obeso *nerd* que sueña devenir Tolkien dominicano— y su hermana Lola — negra de piernas lagas, culo hermoso y grandes tetas—, Hypatía Belicia —madre de Óscar y Lola, una ex bella negra con cáncer de mama y una gran quemadura en la espalda gracias a la sartén con aceite hirviendo lanzada en su espalda por el padre adoptivo—, La Inca —dueña de una panadería, a la vez madre sustituta de Belicia—, Abelard y Socorro —los padres de Hypatía Belicia; el doctor Abelard y la enfermera Socorro no podrán eludir los deseos y el inconmensurable poder del follador Trujillo para con una de las hijas del matrimonio Cabral; el desboque de las hormonas en el cuerpo de la hermosa hija mayor es el inicio de la desgracia de esta familia de gran abolengo y patrimonio); el relato narrado por esa voz es el sonido y la furia de una parte de cuanto ha ido aconteciendo en términos culturales, políticos, económicos y sociales en la RD. Pero también es la voz del que se va en una yola con destino Nueva York para regresar luego en un avión dentro de una oleada de *doynos* (seres cuya composición química comprende los elementos “República Dominicana” y “Nueva York”, oro eslabonado al cuello, prendas de vestir que retan la propia paleta de colores del Caribe, incluso zapatos para soportar el invierno y abrigos muy cálidos). El “criollo” de Junot es también la voz del que vive para follar y folla para vivir, incluso de quien todavía no ha “rapado”; del que canta para no llorar, y del

que canta y baila y se encoge de hombros porque es arduo y casi imposible vivir tras La Cortina de Plátano; de los estudiantes en los diferentes niveles de enseñanza, del que delata y delinque, también del deleite, incluso del fan del *comic* y de las volutas furtivas de marihuana, los ríos de alcohol y la mota de polvo cortada sobre un cristal. Ese *updating literario* o jerga es eficiente para narrar el automóvil de aspecto fúnebre y funesto con hombres a bordo muy rudos sorprendentemente menos necios de lo que se piensa (podría ser un Chevrolet flamante y negro ese auto —la policía secreta, creo, usaba esta marca en la RD—; el Ford Falcón era el vehículo de rapiña de la dictadura militar argentina; quizá me equivoque, pero tal parece que cada Reinado de Terror hace suya una marca de autos). Es la voz que pone en blanco y negro los tormentos del suicida, o las preocupaciones, el desvelo, el sufrimiento y la alegría del chino, el negro y el jabao; con ella susurran los amantes y gritan tribus urbanas; es el rumor de los rezos más allá de la militancia en términos de fe, incluso es la voz del que habla de la tortura no como una institución o técnica monstruosa, sino asunto sobrenatural o maldición caribeña o tercermundista, también de los presos y torturados, de la imposibilidad de ser otra cosa que un Perro de Dios u otra variante tercermundista, o de la vanidad de ser un macho cabrío o vagina infinita y ardiente u otra variante caribeña. Esta voz habla de dictaduras, de sangre, de infidelidades, incluso de una variante de Hombre Nuevo, pero nunca deja fuera el humor, la fiesta.

No descarto la posibilidad del cuestionamiento del estilo de Junot Díaz. Su “criollo” es como tomar el bus que te aleja muchas millas de la sede de la Academia de la Lengua. ¿Un *handicap*? Quizá —como también podría serlo las profusas notas al pie—. Es solo cuestión de actitud, de aptitud, de noción de estilo. De “caer con estilo”. Asumir la escritura de un texto de ficción es asumir de antemano la derrota. Pero “si tienes alguna cosa que decir y no lo dices con el exacto y preciso lenguaje que tiene que ser dicha, pues de alguna manera no la dices o la dices mal”. Por cierto, para Cortázar —ese zorro viejo— el estilo no era una cuestión de nivel de escritura. Recomendaba pagarse un pasaje en bus hasta la estación Roberto Arlt —cuyo apellido es de por sí inverosímil—. Al que no las tenga todas con la noción de estilo



según Junot o Cortázar, se le está permitido disentir, incluso firmar una carta abierta y no continuar la lectura de esta novela cubana premiada con un Pulitzer.

Una línea más: el *spanglish* o “criollo” es el anillo que Junot ha forjado. Es bien difícil de llevar, es bien difícil custodiarlo. Pero te acostumbras a tenerlo y luego no deseas soltarlo.

### **Un hombre sin rostro, una mangosta de ojos dorados**

Ya habíamos hablado de una parte de la ingeniería interna de la novela de J. Díaz. Utilizando una metáfora de la industria automovilística, esta obra es un *SUV*. Un *suburban vehicle* capaz de moverse por cualquier terreno literario. Un hermoso experimento de *bad writing* cuya noción de lo real y lo fantástico no asume cuartones. No se trata de Realismo Mágico o lo Real Maravilloso. Es un *hat trick*. Burlar tres veces al portero en una misma novela. Ya habíamos hablado de los personajes, el contexto y el combustible singular que alimenta a dicha historia (primer gol). Luego nos movimos hacia el asunto Lenguaje (segundo disparo a puerta con gol incluido). El tercero es la “noción de lo fantástico”. Otro puntapié al balón. El efecto de la parábola es bien singular. El *SUV* diseñado por Junot se mueve también en los predios de lo fantástico; su sistema de tracción no se resiente, el cambio de marchas apenas se nota. En fin: asumir sin escándalos aquello que puede suceder en la literatura, también cuanto sucede en ese territorio llamado Vida Real. De tal suerte, el hombre sin rostro aparecerá a lo largo de *La breve y maravillosa vida de Óscar Wao* no como una metáfora sino como la cristalización y presencia del horror, la violencia, el dolor. ¿La mangosta? Hay una hermosa nota en el libro que la define como “una de las partículas más inestables del Universo, y también una de las grandes viajeras”. Lo cierto es que en la novela el animal cobra vida tanto en Nueva York como en Santo Domingo. Allí donde la Muerte ronde brillarán los ojos del animalito —tanto en los rieles de un metro en Nueva Jersey como en un cañaveral en las afueras de la capital de la RD—, y no puede ser de otra manera en una novela en donde se da por sentado

que el fukú es la “Maldición y Condena del Nuevo Mundo”, llegado a estas tierras por el Almirante Colón, y cuyo “sumo sacerdote” es Rafael Leónidas Trujillo.

Hay límites para la Fe ante El Poder de La Oscuridad. Los rezos de La Inca sacan a Belicia del peligro de muerte tras una golpiza en un cañaveral por hombres de Trujillo —motivado por asuntos de sábanas y faldas—, pero nunca librarla del cáncer. Los rezos salvan de una golpiza a Óscar —un cañaveral es el escenario elegido (si se hace una antología del sufrimiento y la sangre en América, este lugar se llevaría las palmas), otra vez el fukú—, pero será imposible disuadirlo de su historia de amor con la amante de uno de los Nazgul del acribillado Leónidas Sauron Trujillo.

### **Jugar a la Rayuela**

*La breve y maravillosa vida de Óscar Wao* es una novela estructurada en casillas numeradas. Si aplastas una lata y la tiras sobre cualquiera de sus casillas podrás darte el lujo del placer y el riesgo. Divertirte como un niño mientras lees. Padecer como un niño cuando pierde la partida. Hay un solo orden de lectura, pero no parece un *schedule* férreo. Creo que puedes elegir cualquier parte y asomarte. ¿El resultado?: ver al “Domini Canis” en su escenario natural —o pararnos frente a un espejo.

La novela es un género literario bien fecundo. No se trata de construir una antinovela, sino la contranovela. Volvamos a Julio y sus opiniones: “Modificar la actitud del lector ante la lectura de la novela. Dejar la pasividad de la lectura.” Ya lo habíamos dicho: Cortázar era un viejo zorro.

### **Intentando la maroma de la exactitud**

Si tal como dice la nota de contracubierta esta novela “relata la saga de una familia dominicana en Nueva Jersey”, muchos pensarán que fue puro delirio cuando afirmé que una novela cubana escrita por un dominicano ganó el Premio Pulitzer de Ficción en el año de la Rata: 2008. No era delirio. ¿Dónde está entonces? La novela

cubana ganadora del Pulitzer comienza justo cuando acabas de leer *La breve y maravillosa vida de Óscar Wao* y cierras el libro.

*Notas:*

\* Junot Díaz (Santo Domingo, 1968). Emigró a Nueva Jersey desde niño. Actualmente trabaja como profesor de Escritura Creativa en la Universidad de Syracuse y en Massachusetts Institute of Technology (MIT), así como editor de ficción de la Boston Review. Es autor del libro de relatos *Negocios (Drown)*, 1996. Sus obras han aparecido en *The New Yorker*, *The Paris Review* y la antología de relatos breves *Best American Short Stories*. Ha recibido también el Premio Pen/Malamud y el Premio de Ficción del Nacional Book Critics Circle.


\*\* Son verdaderamente arduos tales conceptos relacionados con la Literatura Menor. A modo de breve explicación, el “Evangelio” aquel decía cosas como: “En la Literatura menor no abunda el talento (...) lo que el escritor dice totalmente solo se vuelve una acción colectiva, y lo que dice o hace es necesariamente político, incluso si otros no están de acuerdo. El campo político ha contaminado cualquier enunciado.” O “el idioma se ve afectado por un fuerte coeficiente de desterritorialización (...) Kafka era un judío checo que escribía en alemán, la lengua de una minoría opresora que habla un idioma ajeno a las masas, como un lenguaje de papel o artificial”. Incluso llegaba a más: “Su espacio reducido hace que cada problema individual se conecte de inmediato con la política. Es en este sentido que el triángulo familiar establece su conexión con los otros triángulos, comerciales, económicos, burocráticos, jurídicos, que determinan los valores de aquél (...) lo que allí [grandes literaturas] provoca una concurrencia esporádica de opiniones, aquí plantea nada menos que la decisión sobre la vida y la muerte de todos”.

Habíamos dicho que el “Evangelio” contenía relatos de animales. Perros y ratas. Incluso Pulgas. Aquí les dejo otra cita a modo de ilustración: “Aquel que ha tenido la desgracia de nacer en un país de literatura mayor debe escribir en su lengua como un judío checo escribe en alemán [ojo, la referencia a los animales está en la

oración siguiente]. Escribir como un perro que escarba su propio hoyo, una rata que hace su madriguera. Para eso: encontrar su propio punto de subdesarrollo, su propia jerga, su propio tercer mundo, su propio desierto.”

Quizá sea demasiado serio para tomárselo en serio. Quizá no. Pura decisión. Como elegir entre dos píldoras de colores diferentes. Usted puede disentir, está en todo su derecho.





## La tarde en que monté un Lamborghini Diablo

(Sobre *Carbono 14. Una novela de culto*, Jorge Enrique Lage, Ediciones Altazor, Perú, 2010)

1.

No se trata simplemente de un automóvil, lo sabes tan pronto bajas y cierras la puerta. Cubrirás como nunca una distancia que separa un punto de otro —en poco más de 4 segundos la aguja del tacómetro puede subir de 0 a 100 Km/h—, pero viajar no es lo único que importa, porque el Lamborghini Diablo es un súper deportivo. Tomen nota: diseño de suaves líneas curvas para potenciar la aerodinámica, de tan sensuales devienen agresivas; dos plazas nada más, solo dos personas disfrutarán al mismo tiempo los casi 500 caballos de fuerza —estamos hablando de mucha potencia, la ingeniería puesta en función de la velocidad; la posibilidad de alcanzar 325 Km/h en un tramo recto de las Ocho Vías.

En resumen: glamour, levedad, fuerza, rapidez, seguridad, extravagancia, multiplicidad, egoísmo, exactitud, diversión, visibilidad, riesgo, consistencia.

Si solo quieres viajar de un extremo a otro de la ciudad debes buscar un pequeño auto asiático —aunque con el Lamborghini Diablo también podrías darte el lujo de hacerlo.

2.

Las primeras líneas del texto inicial de *Carbono 14 Una novela de culto* de Jorge Enrique Lage\* son: “A falta de otro nombre se llama Evelyn, tiene once o doce años y cayó en La Habana, la misma Habana del realismo, un día cualquiera de cualquier año del siglo XXI. Cuando ya nadie estaba para eso.” El texto se llama “Copia de seguridad”, junto con cuatro más —el I, II, III y Copy & Paste (deleted scenes)— el

lector habrá asistido a un tipo de escritura o libro que a falta de otro nombre fue clasificado como novela.

En resumen: glamour, levedad, fuerza, rapidez, seguridad, extravagancia, multiplicidad, egoísmo, exactitud, diversión, visibilidad, riesgo, consistencia.

Si solo quieres leer debes buscar otro tipo de libro —aunque con *Carbono 14 Una novela de culto* también podrías darte el lujo de hacerlo.

3.

¿Para qué reseñar un libro al que solo podrás acceder si te prestan uno de los pocos ejemplares que circulan en La Habana del siglo XXI, la misma del realismo cuando muchos todavía están para eso (para el realismo)? Porque tengo una de esas copias, la leí, incluso podría prestarla. Y porque una fresca tarde de noviembre de 2010 monté un Lamborghini Diablo. Justo por todo eso. Y también porque Lage inicia la parte I con la pieza titulada “la realidad”, cuyas líneas iniciales anuncian con enorme desparpajo: “Pronto [Evelyn] se dio cuenta: era una ciudad interminable. Por lo tanto, una ciudad irreal. Y la irrealidad cansa. La irrealidad aburre.”

Si según el narrador de esta novela en La Habana del siglo XXI ya nadie está para el realismo y al mismo tiempo la irrealidad cansa, ¿de qué hablamos cuando hablamos de la más reciente entrega de Jorge Enrique Lage? Creo que de la literatura como desierto a poblar y del escritor como nómada. Llegar a donde nadie o muy pocos se aventuran y cambiar las reglas del juego, o intentarlo aunque en la ecuación una de las variables sea la derrota. A fin de cuentas toda empresa es ardua por definición y en ocasiones un imposible. Más bien que mal recuerdo una cita del hepático Roberto Bolaño. Respecto a la novela dijo: a donde primero debe llegar es al placer y de allí a donde le parezca. Y sin dudarle puedo afirmar que justo ese es el itinerario de *Carbono 14 Una novela de culto*: del hedonismo a la subversión, del Eros al Tánatos línea por línea en las 181 páginas mientras deja una estela con marcas disímiles (las “firmas” de un *serial killer*, las filigranas de una literatura de frontera o marginal, lencería al por mayor, la Tabla Periódica de los Elementos Químicos como

mapa de carretera para un delirante *tour de force*, una mujer (Evelyn) que es varias mujeres a un mismo tiempo, o un nombre de mujer (Evelyn) que sirve para identificar a una *wonder woman* clonada, también ese nuevo producto de consumo diseñado para y por los grandes canales de TV: las series, *Sex and the City* —muy bizarras tanto las escenas de sexo como las de la ciudad—, Cine Serie B, personajes de Cine Serie B y parlamentos de Cine Serie B, y si hablamos de *Criminal Minds* entonces no podemos dejar fuera al *private eye* —en este caso es el ojo o los ojos de una mujer, o mejor: una *femme fatale* “tras la fachada masculina de un Philip Marlowe”—, el Havana Police Department, pero también está el Granma —el diario—, actrices y periodistas cubanas, San Miguel del Padrón y El Cerro y Arroyo Naranjo y 10 de Octubre y La Habana Vieja —no ya municipios sino distritos—, la literatura una y otra vez —Guillermo Cabrera Infante, Burroughs, Lorenzo García Vega, Juan Abreu y el otro cubano de nombre Juan: Pedro J. Gutiérrez, el *Rey* Stephen y el *Rey* Arenas, Bret Easton Ellis, Charles Bukowski, Raymond Chandler..., *top models* y sangre, *pop corn* y *hot lines*, *pop stars* y *pin-ups*, bibliotecas en donde todo es posible —desde la literatura al crimen pasando por el sexo—, una suerte de calidoscopio David LaChapelle como imaginario perfecto para ilustrar los colores de los gases de la combustión de la máquina narrativa Jorge Enrique Lage—. Hay aquí de todo, o casi de todo. Si algo queda fuera son los graves acordes de la solemnidad.

#### 4.

*Carbono 14 Una novela de culto* es el resultado del agotamiento por el realismo, extenuación tras fatigar historias que acuden a testimoniar o recrear buena parte de la Historia de la Humanidad.

*Carbono 14 Una novela de culto* es el aburrimiento por sucesivas escenas irreales, extenuación tras fatigar historias basadas en anécdotas épicas, sagas fantásticas, relatos de conquista y colonización de tierras hostiles, o aquellas franquicias producto de universos posibles y probables que se ha inventado la Humanidad.

La Habana de este libro no es “la capital de todos los cubanos” ni una de las posibles mutaciones de La Habana. Para Jorge Enrique Lage ese detalle no importa. Usted, querido lector, aunque esté en todo su derecho, no le debe pedir emotividad —no tendrá posibilidad alguna de enjugarse las lágrimas; si su corazón late mientras lee *Carbono 14...* no lo hará bajo los efectos del vaivén del deseo en los personajes o eso que llaman amor—; datar con un *kit* de Carbono 14 la edad de la lencería femenina —porque tras la primera medición el protagonista advierte que la edad de dichas prendas suma varios millones de años— te descoloca como lector —o el libro se descoloca del *main stream*—. Querido lector, si su corazón late mientras lee la última entrega de Lage solo hay una respuesta: estás vivo. Los protocolos de lectura que impone este libro son otros y esto, ciertamente, es un *handicap*. Pero ya hablé de riesgos y posibles derrotas. Lage los asumió, de eso se trata la literatura. Me apropiaré de una imagen de *Carbono 14...* para intentar y proponer una estrategia de lectura: el lector de este libro sería algo así como un buitre; alimentarse de cualquier tipo de productos culturales, incluso de pura carroña, recordar que la literatura es deseo y lenguaje y delito y deleite, volar y posarse sobre el canon —también aventurarse en parajes totalmente diferentes—, graznar como Piñera o solazarse como Lezama, recordar que Literatura es cambiar todo lo que debe ser cambiado —pero nunca fuera de las fronteras de la literatura—. Luego, querido lector, debes esperar la gracia de tal decisión. *Vultureffect*, de eso se trata. El aura tiene las patas, la cabeza y el cuello rapados y no es cuestión de modas.

Antes que lo olvide: *Carbono 14 Una novela de culto* es además la literatura devenida consola de un juego en donde bien puedes combinar las claves de ese compartimiento que llaman realismo y el resto de los cuartos en donde hay bastante material para armar un relato de ficción. ¿Un perverso juego con varios niveles cuya complejidad va aumentando? Para darle orden y sentido se apropia de un lenguaje típico de los pueblos erigidos en las fronteras, pueblos que conviven entre dos historias y que hablan más de una lengua. Hay entonces una jerga propia, un desplazamiento y ese desplazamiento es un acto de resistencia. Como “narrar con



esa sustancia que queda, como un malestar, como una indigestión, en el interior de la historia que estás contando” —dijo Jorge Enrique en una entrevista.

5.

Dicen que para el diseño del Lamborghini Diablo Marcello Gandini se inspiró en un feroz toro criado por el duque de Veragua en el siglo XIX. El animal llevaba por nombre Diablo. El 11 de julio de 1869 en Madrid, el torero José De Lara tuvo que hacer más que simples verónicas para salir ileso del ruedo. Las crónicas hablan de verdadero enfrentamiento, de una épica batalla entre el hombre y el toro. Pero hubo deseo. También hubo goce.





## Como una oruga blanca

(Sobre el libro de Abel Fernández-Larrea, *Absolut Röntgen* (Ediciones Cajachina, La Habana, 2009)

### Punto 1

No es perceptible su paso, devora cuanto tiene delante; puedes ver la estela que deja al pasar. Como una voraz oruga blanca avanza la radiación tras el desastre nuclear. Radiactividad y accidente es la fase larvaria y eje del libro de cuentos *Absolut Röntgen* (Ediciones Cajachina, 2009), ópera prima de Abel Fernández-Larrea\*.

Si no intentamos la maroma de la exactitud el lector podría confundirse. Bien podría pensar que Fernández-Larrea y el Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso han hecho de tripas corazón para ponerse en sintonía con lo que acontece en nuestra Gran Casa Azul: el terremoto que en segundos sacudió y agrietó no solo el noreste de Japón, también la economía y la vida de los japoneses, además de activar las alarmas ante el desastre nuclear en la Central de Fukushima —y con ello la reconsideración de los planes de extender la generación de electricidad a partir de la fisión del átomo.

Hay millones de curios avanzando en silencio sobre las páginas de este libro. Está el eco de una gran explosión. Hay dolor, muchísimo, y muerte, como agujas clavadas entre las uñas y la carne. Pero *Absolut Röntgen* no es un boleto de ida y vuelta a Japón. En sus páginas está el propósito de narrar la vida antes, durante y después del fallido experimento que el 26 de abril de 1986 causó la peor catástrofe nuclear conocida hasta el momento. Hablamos de Chernóbil, Ucrania. Era el siglo XX.

### Punto 2

Diez cuentos integran la entrega número 4 de la colección Dienteajo de Ediciones Cajachina. Este es un cuaderno en donde Cuba no asoma el morro. ¿Este detalle deviene carencia en el libro? Dejemos la respuesta para el Punto 5.

Niños, adolescentes, jóvenes, viejos, incluso perros y muertos, la Iglesia Ortodoxa Rusa, el Partido Comunista y las Fuerzas Armadas cruzan las 83 páginas del libro; la presencia, desplazamiento e interacción de todos no es tan sigilosa como el de la nube radiactiva. Se alternan el sosiego y el desespero, sin patetismos se habla del amor y la muerte, también del dolor, de pérdidas irre recuperables, de las ansias de vivir, de bajas pasiones, incluso de luces y zombis, de lluvia con un absoluto sabor a vodka.

Los diez cuentos tienen como eje el accidente de Chernóbil. Tras la lectura de cada texto el lector no debe esperar una progresión cronológica o línea de tiempo respecto a la explosión del reactor número 4. La intención no es narrar el desastre, sino las consecuencias del accidente en la vida de quienes la Central de Chernóbil, de algún modo u otro, fue parte de su devenir. Como terribles postales son los cuentos. Liquidadores y científicos, periodistas y alumnos de la escuela primaria, chicas con los senos en flor, maestras y amas de casa, camareras y militares de diferentes rangos están narrados en estas páginas. Aman y temen, odian, violan y matan, golpean y cortejan en un paisaje otro. Palabra por palabra, Fernández-Larrea nos construye pequeñas biografías insertadas en microuniversos totalmente ajenos a nuestro diario acontecer. Ya lo había advertido: en *Absolut Rötgen* Cuba no asoma el morro. Digamos que Abel se propuso la fuga, escapar de su lengua materna, huir del castellano para volver a un castellano otro; el vocabulario puesto a fermentar y filtrado para obtener a cambio un discurso de innegable transparencia, de suave y a la vez extraño sabor. Te asomas a él; sientes que hay vida latiendo detrás, o debajo. Sin embargo tienes la sospecha de que es inevitable el regusto sintético, solo será cuestión de avanzar unas páginas hasta acostumbrarse. Se trata simplemente de un pacto ficcional entre el lector y el escritor. Fernández-Larrea escapó de su lengua materna y regresó a ella, pero desde la diferencia, como si la radiación del idioma

ruso —o del tempo de esa lengua, o la idea que tenemos de ese idioma luego de fatigar largometrajes o dibujos animados de Sovexportfilm— afectara su español. Repetir desde la diferencia para intentar una mimesis. La eficiencia de su dispositivo de enunciación no es total, pero su rango es alto y llega a convencer, invita a que apuestes por él.

### **Punto 3**

Estas historias mínimas son los fragmentos de un espejo en donde una vez nos miramos. Frente a esa luna más de una vez comprobamos el nudo de nuestra pañoleta, o revisábamos los botones de la camisa o la falda antes de ir a la reunión de la UJC o a su versión *senior*: el PCC. Frente a ese espejo nos peinábamos —unos se preguntaban si podían ganarse un pasaje gratis en la Soyuz, otros planificaban estratagemas para acumular arrobos de caña cortadas y así tener un Lada en la familia, buena parte enarcaba las cejas mientras memorizaba manuales.

Asesores militares, carne enlatada, frutas y jugos en conserva, electrodomésticos, ingenieros, dibujos animados y programas de TV, automóviles, planes de estudio. Era más que la mimesis. Mucho más.

Por estos días nos alegramos de que la Central de Juraguá haya sido un sueño irrealizable.

### **Punto 4**

*Absolut Rötgen* contiene un par de cuentos que parecen haber sufrido una mutación debido a los efectos de la radiactividad. Quizá la alteración que acontecerá en la lectura se avisa en el cuento “Absolut vodka”, ocurrirá cuando un liquidador, refiriéndose a la lluvia, le confiesa a un militar que sirvió en Kabul: “¡Era vodka caído del cielo!”. ¿Era el sabor del agua contaminada? ¿Afectación del paladar? Lo cierto es que en los textos “El hombre que no podía decir adjetivos” y “En el principio el verbo” se deja atrás el vasto terreno del realismo por el que desandan la mayoría de los cuentos minimalistas de *Absolut Rötgen*. Realismo irradiado. El efecto de los

millones de curios provocan luces diminutas saliendo por las ventanas de un apartamento de la calle Arbat, o que un pope sea llevado en jeep hasta la comisaría y de allí a un río: el lugar por el que al pueblo llegan los muertos para convivir con sus familiares tal como si regresaran de un viaje.

¿Qué pensar ante tal evidencia? ¿Efectos colaterales de la nube radiactiva? ¿Aprender a convivir con la enfermedad, hacerla llevadera con la gracia del cisne? Supongo que es una cuestión del pacto ficcional que propone Fernández-Larrea.

### **Punto 5**

Retomemos el inicio del Punto 2. Allí mencioné que Cuba no asoma el morro en el libro de Fernández-Larrea. Ya lo dijo el grupo Calle 13: “Qué importa si te gusta Cold Play, qué importa si te gusta Green Day...”. El asunto es narrar una historia y que sea verosímil según sus intenciones, que esa historia hable del hombre, de su existencia, de sus angustias, de su grandeza y miserias aunque el personaje en cuestión sea en realidad un homúnculo.

Una vez tuve el chance de escuchar a Lacan. Era 1972, Bélgica, estoy casi convencido de que yo era el único cubano en aquel salón de conferencias de la Universidad Católica de Lovaina. Mientras aspiraba humo de su tabaquito jorobado, el viejo Jacques nos recordaba a todos que “nos hacemos preguntas cuyas respuestas ya poseemos de antemano”. Tras un silencio teatral y una nubecilla de humo, el ladino conferencista remató la idea y nos remató a casi todos nosotros: “eso limita mucho el alcance de las preguntas”. Supongo que ese sea también uno de los retos de la literatura y la sociedad cubana.

### **Punto 6**

¿Algún escritor ya narró Juraguá?

En el documental *Bretón es un bebé*, el cineasta Arturo Soto hace escala en el escenario de un sueño nuclear cubano que cristalizó en un callejón sin salida. Era La

Obra del Siglo en nuestro archipiélago. Del siglo XX. Cuatro reactores para generar más de cuatrocientos megawatt. El desastre que en él se narra no es la estampida de millones de curios en la zona central de Cuba, sino el efecto de la radiación de un proyecto inconcluso en la vida de quienes le darían orden y sentido a la Ciudad Nuclear de Juraguá y a la Central. Una oruga blanca. El testimonio es revelado por técnicos y traductores que —tal como dice un mulato especializado en el trabajo con desechos nucleares devenido ganadero— estarían en función de generar corriente con una “papa caliente” en las manos; son solo unos pocos los testimoniantes, pero se les ve desempeñando profesiones inverosímiles tomando en cuenta los años de estudios y materias cursadas.

Edificios multifamiliares abandonados a mitad de construcción. La esperanza de algunos protagonistas de aquel sueño de volver a por la fisión nuclear. Los fierros e inmuebles de la CEN varados en el tiempo. El recuerdo de un discurso de Fidel que en el apocalíptico año 92 anunció el final abrupto de La Obra del Siglo en Cuba. Las lágrimas y el vacío y el consuelo que arrancó y brindó, dicen, aquel discurso.

¿Algún escritor cubano ya narró Juraguá?



**Ediciones Incubadora s.a.**